

Ilustración Artística



AÑO XV

BARCELONA 17 DE FEBRERO DE 1896

NÚM. 738



CARNAVAL, dibujo alegórico de Mariano Barbasán

SUMARIO

Texto. - *La vida contemporánea. Ex Momo*, por Emilia Pardo Bazán. - *El «Moisés» Julio II*, por R. Balsa de la Vega. - *Tenía razón*, por A. Sánchez Pérez. - *La tragedia del pinar*, por A. J. Pereira. - *Nuestros grabados.* - *En busca de un ideal* (continuación). - **SECCIÓN CIENTÍFICA:** *Los meteoritos.*
Grabados. - *Carnaval*, dibujo de M. Barbasán. - *Sepulcro del papa Julio II.* - *Miguel Angel.* - *Patinadores*, dibujo de A. Marold. - *Vendedor de caretas*, dibujo de Méndez Bringa. - *La guerra de Cuba*, dos grabados. - *Vendedor de pájaros*, cuadro de A. Dal Bianca. - *Descanso*, cuadro de I. Díaz Olano. - *D. Eusebio Despujol.* - *El príncipe Boris.* - *El coronel Galiano.* - *D. J. de Castro y Serrano.* - *Los meteoritos*, cinco grabados. - *Fúera de combate*, cuadro de V. Cutanda.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

EX MOMO

De todos los dioses para quienes ha llegado la hora del crepúsculo, el más decaído, el más envuelto en sombras y cendales de melancolía es precisamente el que, según la opinión vulgar, representa el regocijo frenético y desatado: ese pobrete de Momo, patrono de los Carnavales.

Y digo «según la opinión vulgar» porque si apuramos la materia, Momo no fué un numen carnavalesco hasta que falseando su carácter y colgándole milagros que nunca realizó, poniéndole en las manos atributos que la antigüedad desconocía (como la cabecita de muñeco rodeada de cascabeles é hincada en un palo) la Edad Media, que fué la época más carnavalesca que ha existido, hizo de Momo un diablillo burlón, reidor y travieso. ¡De Momo, que no tenía nada de alegre, expansivo y bullidor, sino mucho de irónico y amargo! ¡De Momo, autor de aquella frase terrible acerca de la ventanilla que debieran llevar en el pecho los hombres, para que se viese lo que guardan en su corazón!

Ni aun por su abolengo pudo ser Momo patrón del Carnaval. A pesar de la copla del villancico, que hace sinónimo de vigilia la Nochebuena, el Carnaval es el tiempo en que menos y peor se suele dormir, y Momo, que nació de la amorosa unión del Sueño y de la Noche, vendría á ser, si patrocinase las Carnestolendas, el dios del desvelo y de los trasnochadores incorregibles.

Bien interpretado, Momo es el dios de la crítica, del análisis y del desengaño triste, por consecuencia. Los pueblos donde cada año, el jueves antes de Carnestolendas se sale con gran aparato de mojiganga á recibir á Momo, confunden las especies; pero están en lo cierto al festejar la venida de unas cuantas horas de goce y alboroto; de olvido de este vivir que, según Shakespeare, no es más que «un cuento sin sentido, narrado por un idiota.»

Ya sé que me aparto de la opinión común al deplorar que el barullo carnavalesco disminuya constantemente, hasta el punto de haber llegado á no notarse; de que los tres días de *Antruejo* sean idénticos ó punto menos á los otros trescientos sesenta y dos del año. La opinión general es desfavorable á esta costumbre, «residuo de las bacanales y saturnales», como dice severamente alguno de sus acérrimos impugnadores. A mí todas las costumbres tradicionales me gustan, en el hecho de serlo. Dan variedad al año; cortan la monótona sucesión de las semanas y los meses; señalan fecha; esmaltan y varían los recuerdos. Hasta las golosinas clásicas del Carnaval echo de menos, porque aun cuando no regalan el paladar más de lo que lo regalaría cualquier otro manjar *sin día fijo*, ¡hay tantas reminiscencias en cada uno de esos frutos de sartén!.. Los mismos hierros y moldes con que se confeccionaban y preparaban las *orejas de fraile*, las rosas, los pestiños, las estrellas y otras chucherías agradables, tienen en su aspecto algo que habla de alegrías desvanecidas, de expansiones juveniles, del tiempo en que, confundidos entre la multitud gozosa y desocupada, también nosotros salíamos á ver la comitiva de S. M. el rey Momo, las altas carrozas tiradas por fogosos caballos ó por bueyes paciencudos, cuyos testuces coronaban guirnalda de hiedra y floripones de papel de plata...

Este climatérico año tienen un arma nueva los que combaten al Carnaval: la guerra, el malestar, la alarma, las tribulaciones de toda especie que cargan sobre nosotros. Hay muchos votos á favor de la supresión completa del Carnaval, de la prohibición de toda máscara, sea alegre ó pensativa (que también de esta clase existen, y no pocas). ¿Qué más? El gobierno ha reprimido, desde los primeros instantes, una de las inocentes expansiones de la malicia y de la sátira popular. En los barrios bajos, las mujeres, con esa viveza y esa espontaneidad que parecen vinculadas al pueblo madrileño, habían armado su pelele de cara negra, su mulato Maceo, para mantearlo. ¿Habrán quien extrañe esta vindicta?, ¿habrá quien censure á las mujeres de Madrid por querer mantear en efigie

á Maceo? Juego á la vez más infantil y más patriótico dudo que se le ocurriese á ninguna española castiza, desde los tiempos en que las gaditanas hacían tirabuzones con las bombas francesas. Alguna de esas mujeres que se disponían á hacer brincar en la manta al feroz mulato, tal vez tenga en Cuba al hijo de su alma, al hermano querido, al dulce novio, al compadre, al amigote... ¿Cuándo pudo ella imaginarse que la ley, que el orden público - respetables entidades que no se oponen á que diariamente se nos satirice á tantos que no hemos declarado la guerra á España - tuviesen algo que objetar á que en un día de Carnestolendas salte por los aires un pelele con un trapo negro por la cara, dando á los madrileños el gustazo de ser, ellos también, por media hora, salvadores de la patria y azote de sus enemigos?

Esta diversión y farándula del *pelele* es lo más neto de nuestras costumbres carnavalescas. Ha inspirado á Goya uno de sus primorosos cartones de tapiz. Trae á la memoria, sin que para ello se necesite echar mano de gran dosis de erudición, aquellas donosas escenas de la venta, en el *Quijote*, y vemos á Sancho por los aires, mientras su señor le mira compadecido desde las bardas del corral. Madrid ha manteado siempre á los enemigos de la patria, y José Napoleón, con su fantástico ojo tuerto, saltó lo mismo que una pelota en la pradera matritense, empujado por las manos callosas de las alegres comadres de los barrios. No atino por qué no las dejan ahora desahogar su enojo contra el mulato en esa humorística forma. Hay prohibiciones que no se explican. Si en otro muñeco de los que confeccionaron para su solaz las de los barrios bajos se creyó ver una figura respetable, en caricatura también y también destinada á sufrir la manteadura, ¿por qué no *distinguieron* los agentes del orden?

No faltan doctores á quienes preocupa la mortal enfermedad de Momo. Se desea restaurar el Carnaval; pero un Carnaval decentito, gracioso, cortesano - un Carnaval á *l'usage des demoiselles*. - Se quiere que, en días señalados de antemano por el ayuntamiento, y previo el pago de impuestos que el mismo ayuntamiento señale y recoja y que se destinen á obras caritativas, la gente, disfrazada con elegancia y en bien adornadas carrozas ó en caballos de linda estampa, baje al Retiro, provista de *bouquets*, de violetas y cucuruchos de finos confites, para arrojarlos, sin quitarse los guantes, á los conocidos y á los contentillos. Afuera los mascarones del polvo, los zaparrastrosos que se envuelven en una colcha de percal rameado desteñida por el uso ó en una zalea de piel de oveja tiñosa; afuera las alusiones políticas demasiado agudas, las caretas ministeriales, las comparsas donde se representa el triste estado del ejército español al través de la salvaje manigua... Un Carnaval correcto es el ideal que persigue el ayuntamiento de Madrid.

¡Ideal inasequible! Porque un Carnaval de ese género no sería Carnaval, sino Cuaresma. El Carnaval es, por su esencia misma, insensatez, desorden y voluntaria infracción de todas las reglas sociales... Es el momento en que el capricho, la espontaneidad, la mofa, la ironía despreciadora de etiquetas y formulismos, se abren paso, rompiendo la valla que les oponen, durante el resto del año, las conveniencias y los miramientos. Carnaval sin locura, no se concibe. Tampoco cae bien un Carnaval aristocrático solo: el Carnaval es una institución democrática. Hay países en que mientras dura el Carnaval, los amos son criados, los criados amos. La misma dura esclavitud romana se ablandaba y se quebrantaban sus hierros en las fiestas saturnales. El mascarón asqueroso y trapajiento tiene el mismo derecho á la vida que el pulcrísimo *incroyable* de calzón de seda verde y dijes de diamantes colgando del chaleco amarillo bordado con plata... Digo más. La alegría carnavalesca, la desatada alegría de los secuaces de Momo, no es compatible con la rigurosa separación de clases que hoy se pretende. Recuérdanme estos conatos de clasificación jerárquica en la calle, el famoso cuento del rey á quien sus nobles pidieron que les acotase un paseo público á fin de que no pudiese mezclarse con ellos el pueblo. «Así lo haré - respondió el soberano: - sólo siento que, establecido el sistema de que cada cual pasee con sus iguales, voy á aburrirme de muerte, pues tendré que andar siempre solo.»

Venecia, el Estado más aristocrático entre cuantos la historia registra, era la ciudad de más bullicioso Carnaval, porque justamente en esos días de delirio fraternizaban las clases. En Madrid, si hoy se quieren implantar las modas de las batallas de flores y de la lluvia de *confetti*, sería preciso traerse también el incomparable clima de ciertas regiones italianas. Venecia, en febrero, goza una primavera esplendorosa. Niza, en enero, se aduerme á la luz de la luna, al tibio soplo del aire, entre las olas azules del Mediterráneo. Hay espectáculos, hay festejos que son con-

dicionados por el clima, y en que el gasto principal lo hacen el sol y la naturaleza pródidas. Madrid, que es frío hasta primeros de mayo, y que ahora ha dado en la gracia de ser lluvioso cuando menos se piensa, no sirve para cierta clase de festejos, que además no están asimilados á nuestras costumbres. El año pasado, el conde de Romanones lidió como un héroe para que el Carnaval en el Retiro fuese escogido y animado, sin espantajos ni carátulas horribles, ni muerte, ni hedor de vinazo tabernario. Una selección carnavalesca á toda ley. Pero el conde se olvidó de la meteorología. El cielo, radiante y puro la semana anterior, empezó á oscurecerse, y precisamente el día señalado para la función, cuando ya estaban engalanadas las carrozas, festoneados de flores los paramentos de los caballos y las máscaras de la *high life* femenina abrochándose el último botón del guante claro y apretando los cordones del inmenso *ridículo* atestado de golosinas y de grajeas, empezaron á gotear las nubes y el suelo á convertirse en barro... La gente salió: ¿no había de salir? Comprado ya el permiso para andar por el centro del paseo; hecho todo el gasto y sufrido todo el trabajo; atadas las gomas de la careta..., ¿quién se queda en casa? Pero os aseguro que valor más alto no lo han conocido los siglos. Es increíble que no atrapasen la reina de las pulmonías. Desde un balcón, al abrigo, cerca de la chimenea y no lejos de la bienhechora taza de té, cuyo calorillo nos ha de volver al cuerpo el alma, vi pasar á los naufragos - no otra cosa parecían. - En una carroza vestida de percalina rosa, iban unas cuantas señoras, de lo más *cremoso*, según fama. Sus trajes, gentil capricho, de percalina rosa también, con enormes capotas directorio, hubieran sido una delicia al sol, al picante sol madrileño, el de los días apacibles, el *bermejazo platero de las cumbres*. Pero empapados en agua, salpicados de cieno, hechos un pingo húmedo, daban lástima y despertaban la idea de muchos catarros, infinitas fluxiones y variedad de reumatismos articulares.

Otra decadencia de Momo son los bailes de máscaras. También en esto han entrado juntas la selección y la desanimación. Hace diez ó doce años, á los bailes del Real concurrían, de tapadillo, damas distinguidas. Se envolvían en el negro capuchón ó se arrebosaban en el rico pañuelo de Manila; pedían el brazo á un caballero de su familia ó de su intimidad, daban una vuelta por el salón ó se refugiaban en el palco; á las dos cenaban, deleitándose en la novedad del caso y en el picantillo del tapujo, y á las tres y media, su coche las llevaba á casa otra vez. Hoy las mujeres que asisten á los bailes de máscara son de lo más ínfimo, socialmente hablando. Entre la misma clase media se ha perdido la costumbre de *dar una vuelta y embromar*. El baile de Escritores y Artistas ha sido desbancado por el del Círculo de Bellas Artes, que atrae con el señuelo de las pandereatas y los abanicos, donde ponen su firma grandes pintores; así y todo, creo que del baile del Círculo se puede asegurar lo que de los restantes; el mujerío es fatal.

Y los hombres, al convencerse de esta fatalidad, desertan. La única esperanza que no deben perder los empresarios, es que los hombres no se convencen nunca. Su ilusión es tenaz; es una planta que se arranca y renace. Aunque en conversación reconocen que ya no concurren á los bailes del Real mujeres que merezcan la pena de vestirse un frac para ir á verlas, en el fondo del alma acarician el sueño de que irá *alguna*, una señora honrada, guapa y curiosa, que perdida en aquel maremágnum y buscando quien la ampare, se tropezará precisamente con *él* y de aquí resultará una aventura tan deliciosa como poética, un idilio novelesco, sazonado con Champagne y Manzanilla. Si los hombres creyesen sinceramente que al baile sólo van mujeres de esas que se las pueden encontrar con la cara descubierta todos los días, y de las cuales escapan haciendo la cruz; si viviesen persuadidos de que la suerte que les puede caer es llevar del brazo á su planchadora, ó á la mujer de su ayuda de cámara, ¡del diablo si iban al Real en tales noches! Preguntadles al día siguiente por las mascaritas que les dieron cordelejo y cenaron á su cuenta, y veréis cómo tratan de dejar asentado que eran todas unas señoras y que no oían á ajo ni á chotuno, sino á lila blanca y *new mown hay*...

Decidles entonces que si de acercarse á mujeres finas se trata, esas mujeres finas se encuentran en otros salones á docenas, no habiendo para qué darles caza en el Real, entre dominós y bullanga. Y veréis cómo el sencillo remedio no les gusta, porque... el intrínquis consiste en el misterio, en la caza, en los ardidés de guerra.. El caso es buscar, como diría Cervantes, cotufas en el golfo.

EMILIA PARDO BAZÁN



Sepulcro del papa Julio II

EL «MOISÉS» - JULIO II

17 de febrero de 1505 - 20 (?) de febrero de 1508

Célebres estatuas ejecutadas por Miguel Angel

Treinta años contaba Miguel Angel cuando Julio II le llamó á Roma para que le trazase el proyecto de su sepulcro, «tal - dice Vasari - como no se hubiera erigido ni siquiera proyectado hasta entonces.» Hecho el proyecto, en el que figuraban cuarenta y cinco estatuas, una de ellas la famosísima de *Moisés*, el gran escultor florentino comenzó su trabajo directamente en el mármol.

Pronto (relata uno de los biógrafos de Miguel Angel) se vió el taller donde éste trabajaba, é inmediato á la residencia papal, lleno de estatuas, á medio concluir muchas, otras solamente indicadas y algunas terminadas completamente, como por ejemplo, las conocidas por *los cautivos*. Comenzó la de *Moisés*, la cual debía emplazarse entre todas y á siete metros de altura, á mediados de febrero; más que por su voluntad, pues deseaba ir terminando las que tenía en obra, por obedecer á las impacencias del papa, cuyo carácter vehemente y voluntarioso tantos disgustos debía proporcionarle. Julio II, á quien ya los años le comenzaban á pesar, así para tener acceso fácil al taller del escultor como para huir los rigores de la estación, mandó construir un camino cubierto; «de este modo podía ver por instantes cómo surgía del *bloc* de Carrara la figura del gran legislador del pueblo judío.»

Dejara Miguel Angel en suspenso su trabajo durante el verano de 1506, para trasladarse á Florencia. A su vuelta encontró al papa arrepentido de haber comenzado á labrar su tumba, pues según dicen Condivi y Vasari, Bramante, el célebre arquitecto, celoso de la fortuna del escultor, hizo creer al pontífice que era de mal augurio la obra. Algo más debió añadir Bramante, pues Julio II se negó á recibir á Miguel

del papa, se creyó víctima de las iras de éste, y saliendo furtivamente de Roma, durante la noche, no paró hasta dar en Florencia.

Sabida es la serie de medios que Julio II puso en juego para que Florencia le entregase al fugitivo, y el de que se valió el confaloniero Pedro Soderini para que Miguel Angel fuese á ver al papa á Bolonia, donde á la sazón se encontraba. Efectivamente, Julio otorgó su bendición al insigne escultor y le encargó que le hiciese una estatua suya en bronce para erigirla en aquella ciudad.

Diez y seis meses empleó el insigne artista en la obra, y el día 20 (?) de febrero de 1508 se inauguró. De esta estatua no se conserva más que la descripción que Condivi hizo de ella, y á juzgar por dicha descripción debió ser una obra en la cual se admiraban todas las grandes condiciones que Miguel Angel poseía.

Cuenta Vasari que el papa, viendo que Miguel Angel dudaba si poner ó no un libro en la mano izquierda de la citada estatua, le increpó diciendo: - ¿Qué es eso? ¡Un libro! ¡Pero yo no soy hombre de letras!

Y mirando lo arrogante del movimiento del brazo derecho, cuya mano se veía en actitud de bendecir, exclamó sonriendo:

- ¿Pero tu estatua bendice ó maldice?

- Amenaza al pueblo si no obra bien, respondió Miguel Angel.

* * *

La efigie de Julio II fué hecha pedazos tres años más tarde (1511) en una de las frecuentes revueltas por que atravesó Italia en aquella época de los Médicis, de los Savonarola, de las repúblicas. El duque Alfonso de Ferrara mandó fundir con los pedazos un cañón; únicamente conservó la cabeza de la estatua, la cual pesaba más de 600 libras y que estimaba como obra portentosa.

17 de Febrero 1505



MIGUEL ANGEL

Angel y á aborrecerle los desembolsos que hiciera para el transporte de la enorme cantidad de mármoles que trajo para el mausoleo. El gran artista, despedido violentamente por los criados

Vuelto á Roma Miguel Angel, no pudo continuar el mausoleo. El papa se empeñó en que pintase la capilla Sixtina. (De esta portentosa obra me ocuparé en efemérides correspondientes á los meses de noviembre y diciembre). Quedó, pues, aplazada la prosecución del sepulcro. Julio II dejó de existir un año antes de que se terminara por completo la decoración de la capilla. Todavía en 1546 esculpió Miguel Angel algunas de las estatuas que comenzara para el enterramiento del papa y dió por terminada la de *Moisés*. Mas el plan del mausoleo había sido cambiado por completo, y las esculturas fueron remitidas á distintos sitios y adquiridas unas y regaladas otras á príncipes y reyes. Tan sólo la estatua de *Moisés* fué á decorar la tumba de Julio II.

Y sobre la tumba del famoso papa se admira hoy la gigantesca estatua, colocada á muy poca altura, razón por la cual no se aprecia cual debiera, pues el artista la había esculpido para que fuese vista á conveniente altura y entre otras muchas, bastantes más de las que actualmente la rodean. Así, por ejemplo, la parte baja de la figura y muchos de los accesorios de la indumentaria apenas si están más que desbastados. Mas no por eso deja de producir asombro aquella soberana obra del genio: tal es la arrogancia de la actitud, la fiereza de la expresión, la energía de la línea, la vida, la impetuosa vida que se advierte en ella desde el primer momento en que se la contempla.

* * *

Cuéntase que Julio II, una mañana, al entrar en el estudio de su escultor favorito y al verle cincelar en mano, haciendo saltar, á impulso de la vehemente firmeza con que lo manejaba, grandes trozos de mármol del enorme *bloc* del cual debía surgir la figura de *Moisés*, le dijo:

- Creo que mañana veré la cara de esa figura.

- Esta tarde misma, respondió el artista.

Aseguran también algunos eruditos que la posición de la mano derecha acariciando las largas guedejas de la barba, obedece á que Miguel Angel se encontró con que el mármol presentaba una mancha, y este contratiempo le impedía disponer el brazo en la forma que deseaba.

Sean ó no exactas estas afirmaciones que aquí recojo á guisa de curiosidad, recuérdanme otro caso análogo que dicen acontecido á Berruguete, que como es sabido, fuera discípulo del inmortal florentino. Esculpía Berruguete el sepulcro del cardenal Tavera, y en los ángulos del citado sepulcro colocó las cuatro virtudes teologales; mas hubo de encontrarse con que al desbastar una de las cabezas de aquéllas, se partió

el trozo de mármol. El contratiempo era grande y resolvió el escultor español tallar las cuatro cabezas en alto relieve, como así se ven hoy.

Vasari dice hablando del *Moisés*: «Solamente así representado debía ser el amigo del Dios del Sinaí, quien parece como si hubiera querido conceder á Miguel Angel la gloria de resucitar ó de preparar la resurrección del legislador del pueblo hebreo.»

El gran artista puso especial empeño en exhibir en esta estatua colosal las distintas maneras de su saber técnico. Si, como he dicho, una parte de la figura aparece apenas esbozada, en cambio la cabeza y sobre todo las manos son de una delicadeza de hechura como Miguel Angel no tenía por costumbre acabar. Mas á pesar de esto, ó quizá por esto mismo, como advierte M. Clement, la estatua de *Moisés* representa la más alta manifestación de la escultura moderna. En qué consiste que la impresión que causa en el ánimo la vista de esta estatua sea tan honda, es cosa tan obscura para definir, como definir en qué consiste la inspiración misma. Menos divina que humana, parece adivinarse cómo bajo aquel cráneo vigorosamente modelado y á través de aquellas facciones enérgicas, de un dibujo irreprochable, se agita un mundo de ideas y de sentimientos que determinan claramente la doble personalidad del hombre, cosa que no alcanzaron á interpretar, sino de un modo vago, los grandes escultores griegos. He aquí el gran secreto de Miguel Angel, el sello distintivo de su genio, advertido en cuantas producciones suyas han llegado hasta nosotros. Recordemos, si no, la figura la *Noche*, una de las que exornan el sepulcro de Lorenzo de Médicis, en el cual está emplazada la efigie sedente del príncipe, conocida por *El Penseroso*. Es tanta la vida moral de la citada *Noche*, que gran número de poetas le dedicaron sendas composiciones; una de las cuales, atribuída á Strozzi, contemporáneo de Miguel Angel, dice así, traducida al castellano: «Esta Noche que ves durmiendo en tan dulce abandono, fué esculpida por un ángel. Está viva, pues duerme; y si dudas, despiértala, que ella te hablará.» Sabido es el célebre cuarteto con que el gran artista, escultor, arquitecto, ingeniero, pintor y poeta contestó al de Strozzi: lo dejo en italiano, pues considero herejía grande traducirlo:

*«Grato mi è il sonno, è più d'esser di sasso;
Mentre che il danno è la vergogna dura,
Non veder, non sentir, m'è gran ventura;
Pero non mi destar; deh, parla basso!»*

He aquí, sintetizado en estos versos, el sentir de Miguel Angel. Viviendo en época luctuosa, agitada por encontradas ideas, minada por el racionalismo, por las doctrinas más heterogéneas, así filosóficas, como religiosas y políticas, el genio poderoso del gran florentino esculpió sus propios sentimientos, dió forma con el cincel, el pincel y la pluma á sus dolores y tristezas, á sus ansias de regeneración social, no poniendo jamás su pensamiento en nada que no respondiera á la realidad. Por eso en la estatua de *Moisés* no se ve al hombre iluminado; se ve al pensador profundo, al dictador de un código puramente moral, pero hondamente positivo. Por entonces, por los días en que terminaba la estatua, escribía Miguel Angel aquella célebre *stanzie* que dice: «Entre Dios y yo se ha extendido una cortina de hielo.»

R. Balsa de la Vega

TENÍA RAZÓN

Sí, señores: tenía razón, muchísima razón Alejandro Dumas hijo (q. e. p. d.), cuando exclamaba:

«Pensar que Juana de Arco no hubiera podido ir

insigne autor de *M. Alphonse, La femme de Claude y Demi-Monde*.

Aun sin este poderoso refuerzo, ya peleaba yo en muy buena compañía: pensadores ilustres como Stuart Mill, eminentes juristas, generales famosos á quienes se ha pedido parecer sobre la materia, han coincidido, punto por punto, con las opiniones de Dumas hijo.

Y no es maravilla ciertamente, porque la cosa, admitiendo la locución vulgar, se cae de su peso. Y, como había de suceder, precisa, inevitablemente, no bien ha sido puesto á discusión el movimiento *feminista*, como lo llaman algunos aficionados á poner apodos á las cosas, ha adquirido prodigiosos vuelos.

Tengo á la vista curiosos datos estadísticos publicados, no ha mucho, por el gobierno de los Estados Unidos norteamericanos, y de esos datos oficiales resulta que en aquel país existían por los años de 1870 unas diez y seis mil mujeres dedicadas á profesiones monopolizadas en la vieja Europa por el sexo fuerte; y que en 1890, esto es, en el transcurso de veinte años, el número de hembras dedicadas á esas profesiones ascendía á muy cerca de *doscientas mil*.

Compulsando esas cifras y comparando esos datos, decía muy tristemente un jurista anglo-americano: «Las mujeres van á concluir por quitarnos el pan de la boca. Hoy nos hacen ya competencia muy temible; dentro de pocos años habrán obtenido sobre nosotros completa y decisiva victoria.»

No estaban esos temores destituidos de fundamento; cuando el jurista aludido los exponía leal y sinceramente — descorriendo con valentía el velo de meticulosidades hipócritas y de embusteros romanticismos, detrás del cual se ocultaba la causa verdadera de ese horror santo á la emancipación de la mujer; — cuando el jurista aludido los exponía, vuelvo á decir, se contaban en la gran república de Norte-América: *veinte* arquitectas, *doscientas* ingenieras, *mil* periodistas, *cuatro mil* médicas, *cinco mil* funcionarias públicas, *veintitrés mil* tenedoras de libros, *sesenta y cinco mil* escribientas..., etc., etc.

He copiado solamente una parte, la más insignificante de la lista, y no he puesto las cifras exactas, sino las más aproximadas en *números redondos*, para ser más breve y porque basta eso á mi propósito.

Para el cual no considero impertinente reproducir ahora lo que sobre este punto decía un periodista de aquella república: «Todas las mujeres que se dedican á la medicina consiguen, sin grandes esfuerzos y en poco tiempo, hacerse con una clientela muy productiva, en tanto que son numerosísimos los facultativos que no logran tomar el pulso á un solo enfermo. Fácil nos sería mencionar ejemplos numerosos de médicos y de cirujanos que se han visto en la triste necesidad de renunciar al ejercicio de su profesión por absoluta falta de clientela, mientras que varias señoras ganan espléndidos honorarios, ya en su clínica particular, ya también, y no pocas veces, en clínicas oficiales.»

Y aquí encaja perfectamente la consabida frase de los juguetes cómicos de hace veinte años: *Ahora lo comprendo todo*.

Ahora comprendo — es decir, ya lo comprendí hace mucho tiempo, — ahora comprendo la sistemática y perseverante y obstinada oposición á reconocer en las señoras aptitudes idénticas á las del hombre para cultivar las artes y las ciencias y á garantizar en las leyes — que los hombres hacemos — los derechos civiles y políticos de la mujer.



PATINADORES, dibujo de A. Marold

á la alcaldía á testificar de un nacimiento, ni votar á los concejales de Domremy en esta Francia, que le debe su salvación!

»Hablamos con orgullo de escritoras ilustres como Mad. de Sevigné, Stael, Sand, y no les concedemos los mismos derechos políticos que á sus coheros.»

Dumas, como francés, mencionaba solamente nombres de escritoras francesas; yo, á fuer de español, aceptando y dando como buenas las citas del ilustre dramaturgo, pudiera agregar á ellas, sin incurrir en pecado de patriotería, las de no menos ilustres escritoras castellanas.

A bien que no se ventilan en este litigio intereses puramente literarios, sino toda clase de intereses.

Dumas quería, y á mi juicio tenía muchísima razón, que los derechos civiles y los derechos políticos de las mujeres fuesen exactamente iguales á los derechos civiles y á los derechos políticos de los hombres. Y esta doctrina (cursi para algunos) que he predicado con insistencia hace ya muchos años, viene á reforzarla con su valioso voto en una carta póstuma, que han publicado recientemente los periódicos, el



VENDEDOR DE CARETAS, dibujo de N. Méndez Bringa

Algunos años han pasado ya desde que, discutiendo sobre este mismo tema (séame lícito y séame perdonado por una sola vez este alarde de vanidad), dije: «Nada, la canción de siempre: que la mujer se ha de limitar á ser ama de casa (¡como si todas tuviesen casa en que ser amas!), y madre de familia (¡como si tuviesen todas familia de que ser madres); á coser, á guisar, á planchar y á desempeñar otros menesteres humildes, siempre en servicio del hombre. Que es así él, de suyo: muy atento, muy fino, muy bien educado, galante hasta la exageración; pero que, en el fondo, tiene mucha envidia á la mujer que sirve para algo más que para zurcirle los calcetines.»

»Porque, no lo duden ustedes, en el fondo, allá muy en el fondo, de esa inquina á la mujer que no cose y que estudia, hay una gran dosis de envidia y otra no menor de recelo. Es esto á modo de un germen de lucha por la existencia, una alarma por la posible concurrencia del sexo débil en ocupaciones que, por ahora, monopoliza el fuerte.»

Ya ven ustedes cómo no me había equivocado; mis sospechas se ven ahora justificadas por los hechos.

En los Estados Unidos, que nos preceden en cuanto á progreso y mejoramiento, la competencia formidable de la mujer ha llegado á producir alarma en las filas de los hombres, que se han quitado ya la máscara y dicen con lisura cómo lo que en Europa quieren hacer cuestión de galantería y de consideración hacia el bello sexo, es ni más ni menos un problema económico social; un aspecto de la lucha por la existencia, lucha en que la mujer pide sitio y toma, aunque no quieran dárselas, posiciones.

Sea como fuere, y cualesquiera que puedan ser las consecuencias de esa lucha, preciso es no poner en olvido el famoso *fiat justitia et ruat cælum*; en este particular la justicia impone que á la mujer, ser que siente y que piensa, y que quiere como el hombre; ser al que la sociedad impone deberes, cuyo cumplimiento es exigible por las leyes, le sean reconocidos y garantizados los derechos que á esos deberes corresponden.

«Locos de remate son aquellos (dice Dumas) que, habiendo querido la libertad para el hombre, no han previsto que sería preciso concedérsela también á la mujer.»

En lo cual opino casi lo mismo que el dramaturgo insigne, y digo casi porque no acepto, para el caso, el verbo *conceder*, que no me parece propio; sino la palabra *reconocer*, porque la ciudadana tiene, sin que nadie se los conceda, los mismos derechos que el ciudadano, y nadie posee atribuciones para conceder á un ser inteligente y libre, como es la mujer, derechos que son ya de ésta en el mero hecho de vivir ella en una sociedad organizada y culta.

Los poetas románticos afirman, en sentidas endechas, que la mujer pierde muchos de sus encantos en el ejercicio de esos derechos.

No discuto eso; ni he de entrar ahora en tales averiguaciones, que no nos interesan, ni vienen á cuento.

Si perderá ó ganará encantos la mujer ejercitando sus derechos es, como dice el vulgo, harina de otro costal y cosa exclusivamente suya. Ella tiene esos derechos; debe tener la libertad de ejercitarlos si así le place. Si entiende que esto puede disminuir sus atractivos, dueña es de renunciar á esos ejercicios; lo mismo que es hoy dueña de aceptar ó no aceptar tocados ó prendidos, según que, á su juicio, la hermoseen ó no la hermoseen.

¡Bueno fuera que algún legislador pretendiese privar al ciudadano de su derecho al sufragio, so pretexto de que el ir á votar perjudicaba al elector en sus intereses, privándole de dedicarse á «¡otras ocupaciones!»

Ahora, que yo no me habría casado por nada del mundo con una ingeniera, lo confieso; pero eso no tiene que ver nada con lo que llevo dicho; ni quita ni pone en lo que hay de justo y de equitativo en reconocer que nuestras compañeras tienen iguales derechos que nosotros.

Después de todo, una médica acreditada, una abogada elocuente ó una ingeniera distinguida no habrían perdido absolutamente nada no casándose con este defensor platónico y desinteresado de sus derechos (los de ellas).

A. SÁNCHEZ PÉREZ

LA TRAGEDIA DEL PINAR

El pinar de Lonsada está á corta distancia del pueblo, y desde que en él apareció el *hombre muerto*, ó sea el cadáver de un desdichado suicida, al pasar, apenas puesto el sol, por frente á aquella extensión en la que se yerguen los altos pinos, agitando sus obs-

curas copas que al moverse producen sonidos que imitan lamentos angustiosos, no hay habitante de la comarca que no sienta el corazón oprimido por vagos terrores: los timoratos se santiguan; los cobardes dan un rodeo para evitarse el miedo, y los que pasan por valentones, los que en ferias y romerías dan que hacer á la benemérita, aprietan el paso.

No falta quien jure y perjure que al anoecer de tal ó cual día vió, por sus propios ojos, vagar sombras ó fantasmas que se ocultaban tras los troncos de los árboles para reaparecer al momento y volver á ocultarse de nuevo; y alguno asegura que á sus oídos llegaron, clara y distintamente, ayes y quejidos de persona humana, según la propia frase de los convencidos narradores; y aunque muchos — quizá disimulando el miedo — se ríen y burlan de lo que califican de patrañas, es lo cierto que de muchos años á la época de mi historia, nadie se aventuró, después del *Angelus*, á pasar por las veredas del pinar, cuya siniestra fama nadie ignoraba en algunas leguas á la redonda.

Si á cualquiera de aquellas gentes se le dijera que tal punto era el elegido por dos amantes para sus cariñosas entrevistas, ni sorpresa experimentaría; negaría en redondo el hecho por inadmisibile, por absurdo. Y, sin embargo, era cierto.

Juana, la más linda, la más graciosa muchacha del pueblo de Lonsada, avistábase en el pinar con su amante, vecino del lugar inmediato; y ¡qué horas, Dios Santo! A las que elige el criminal para realizar sus planes.

Iniciados apenas aquellos amores, los padres de la joven mostraron ruda oposición, significada por constantes riñas, que pronto se convirtieron en frecuentes palizas.

Los amantes hubieron de simular entonces un rompimiento para despistar á los que por tales medios se oponían á que ellos realizasen su dicha, y comenzaron las citas nocturnas, á salto de mata, con todo género de precauciones, siempre en continua zozobra, con el alma en un hilo, temiendo de un momento á otro una sorpresa de las peores consecuencias.

Tal situación era insostenible, y no poco hubo de trabajar Antonio en el ánimo de su amada para vencerla de que el único medio y el único punto para verse era el pinar de Lonsada, aquel pinar que tanto terror inspiraba y que por esto mismo era lugar seguro, porque allí nadie se atrevería á llegar; ni aun Ramón, aquel tenaz pretendiente que en todas partes y á todos los momentos la asediaba, ofreciéndole un cariño que ella jamás pensara en estimar.

Juana participaba, como era natural, de los terrores de sus convecinos, y sentía con la energía que ellos le daban las exigencias de su amor; pero Antonio, cansado ya de aquel continuado sobresalto, anhelaba poder disfrutar tranquilamente de las delicias de aquella pasión á que como ella se entregara por completo. Por eso ante la tenaz negativa de la joven amenazó con no volver á verla, y ante la posibilidad de que esta amenaza se realizara siquiera por pocos días, Juana, entre lágrimas y besos, tuvo que acceder; y desde aquella noche, todas, apenas el pueblecillo estaba sumido en absoluta tranquilidad, cuando sus padres descansaban en profundo sueño de las fatigas que traen consigo las rudas faenas del campo, la joven abandonaba su hogar para reunirse con el que la esperaba anhelante y cariñoso.

Esto no obstante, aquella tranquilidad que Antonio deseaba y que se propusiera alcanzar de tal modo era una ilusión. Juana llegaba siempre á su lado agitada, temblorosa; andaba rápidamente el camino, mirando á todas partes con temor, creyendo fantasma semejava algunas veces, haciéndola prorrumpir en ahogados gritos y obligándola á apretarse contra su Antonio, el rayo de la luna filtrándose á través de una hoja era el rumor de pasos de alguien que la seguía.

Y ya allí, junto á él, acariciada con ternura, la intranquilidad seguía; la obscuridad que daban al lugar las copas de los pinos la amedrentaba; el rumor solemne que hacían al moverse la estremecía, y su pensamiento se veía de continuo asediado por ideas terribles, por augurios espantosos, y al fin se fijaba en el recuerdo del *hombre muerto*, cuyo blanco fantasma semejava algunas veces, haciéndola prorrumpir en ahogados gritos y obligándola á apretarse contra su Antonio, el rayo de la luna filtrándose á través de la verde bóveda.

Estos terrores no la abandonaban ni un momento, y al regresar á su casa, acompañada por él hasta muy corta distancia, y aun en los primeros momentos después en el lecho, murmuraba maquinalmente: «Esto ha de acabar mal.»

Así pasaban los días y el secreto de aquellos amores permanecía oculto: las ausencias nocturnas de Juana no eran por nadie sospechadas; mas á pesar de esto, los amantes no eran tampoco más felices.

Ella no estaba tranquila, y mientras esto no sucediera Antonio no podía verse satisfecho.

Cuando más al abrigo se creían ambos de todo recelo, cuando más ignorados suponían sus amores, Ramón, el amante desdeñado, conoció el secreto de las entrevistas: la amargura de los muchos desdenes sufridos, la mortificación de su amor propio, el pesar del bien ajeno fermentaron en su corazón, produjeron el odio, hicieron brotar el deseo de la venganza contra aquel rival afortunado.

Puesta su imaginación en juego, comenzó á pensar para escoger el más seguro, el más eficaz medio de realizar sus propósitos; pero al mismo tiempo Ramón encontraba dos inconvenientes: era cobarde y no podía ejecutar el plan por sí mismo; estaba verdaderamente enamorado de Juana, y meditaba una venganza que, alejando al amante venturoso, no le descubriese á él, y le dejara en condiciones de ser, más adelante, dueño de la joven.

¿Cómo hacer? Por fin, ocurriósele una idea, una idea que satisfacía todo su deseo. Sería vengado, pero sin comprometerse: otro lo haría en beneficio de él. Aquella noche, como siempre, Juana salió al pinar, y Antonio la encontró más angustiada que de ordinario. La joven tenía un triste presentimiento: había oído *cantar el mochuelo* tres veces seguidas, y esto era anuncio seguro de una próxima é irremediable desgracia, idea de que no pudieron disuadirla todos los razonamientos de su amante.

Llegó el momento de la separación, y ambos se dirigieron juntos, cual acostumbraban, por el sendero que desembocaba en el camino, y al llegar á la linde del pinar vieron un hombre allí apostado. Para retroceder era tarde: el que esperaba avanzó hacia ellos.

Antonio hizo separar á Juana y se adelantó también, sacando un arma del bolsillo: entonces la joven, ante la inminencia de un peligro para el hombre que amaba, se abrazó á él gritando con toda su alma:

— ¡No vayas, que te matará!

El desconocido se había detenido, y cuando ella se arrojaba hacia Antonio se oyó un disparo: el joven, sintiéndose herido, lanzó un grito y disparó á su vez. El hombre aquel vaciló unos momentos, y cayó pesadamente.

Hubo un instante de silencio: Juana, abrazada á su amante, ni siquiera respiraba: él no se atrevía á moverse.

¡Un hombre muerto! La joven había tenido razón: ¡cantara el mochuelo tres veces!

Casi sin hablar palabra se pusieron los dos en camino, rodeando gran trecho por no pasar cerca del cuerpo en tierra: separáronse tristes, como agobiados por el remordimiento, sin decirse el acostumbrado *¡hasta mañana!*

Juana llegó á su casa sin darse cuenta clara de lo ocurrido: había pasado algo grave, muy grave, si; pero ella no tenía conciencia perfecta de los hechos. Viera caer un hombre: ¿Quién sería? ¿Estaría muerto? Al abrir sigilosamente la puerta para entrar experimentó una nueva sorpresa: su madre la esperaba.

— ¿Y tu padre?, le dijo:

— ¿Mi padre?, preguntó Juana con espanto.

— Sí, mala hija, sí; ha ido á buscarte al pinar.

Entonces la muchacha vió claro todo lo sucedido; comprendió el horror del hecho, y no pudiendo soportar aquella violentísima y cruel impresión, abrió mucho los ojos, extendió los brazos, y gritando con voz enronquecida *¡Mi padre!*, rodó inanimada por el zaguán.

A. J. PEREIRA

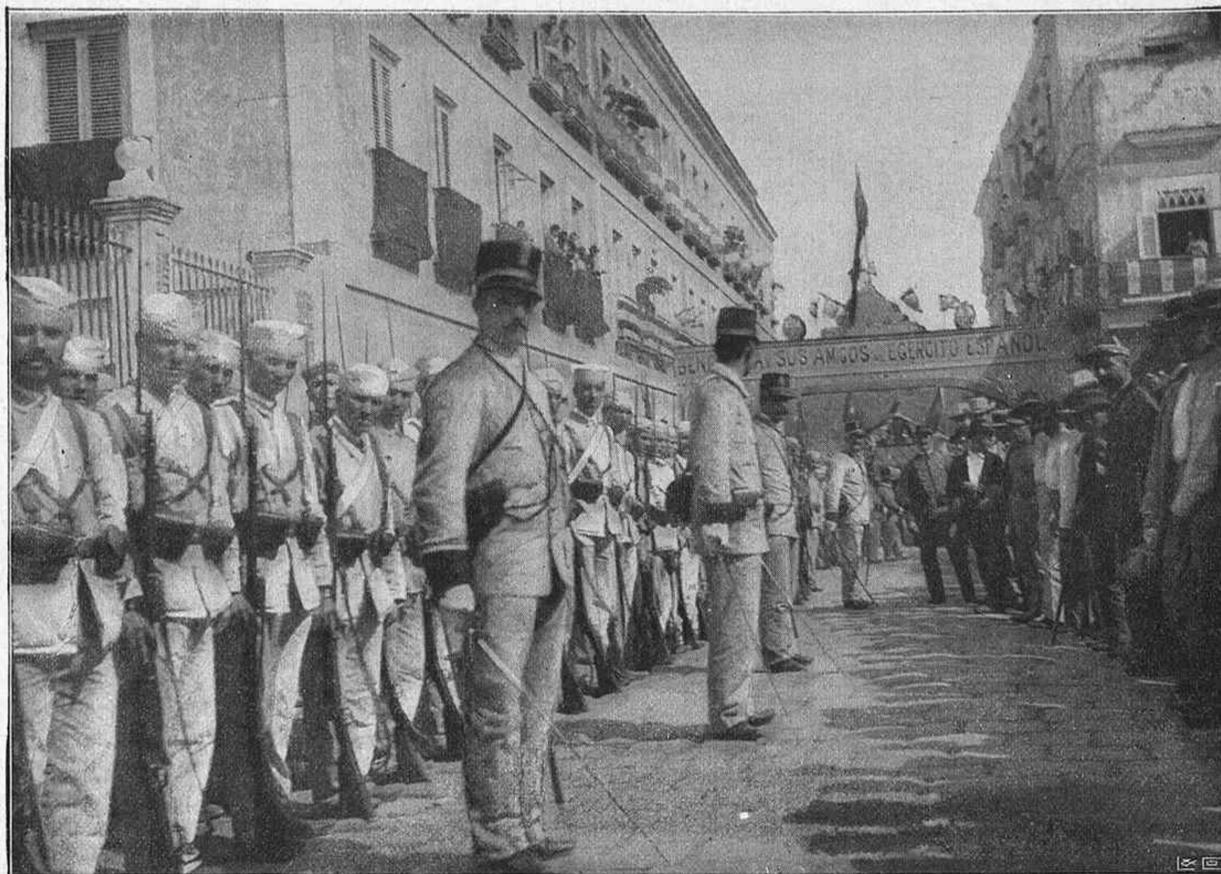
NUESTROS GRABADOS

Carnaval, dibujo alegórico de Mariano Barbasán. — Varias veces hemos ofrecido ocasión á nuestros lectores para apreciar el mérito de las obras del distinguido pintor Sr. Barbasán. Hoy reproducimos una composición, de género completamente distinto, que atestigüa una vez más sus indiscutibles cualidades y aptitudes. La alegórica representación del Carnaval, tal como se representa en el dibujo, bella y elegante en su realidad y sin recurrir á los sobados recursos de la guardarrópia, revela el ingenio y el buen gusto del artista.

Aplausos merece quien de tal modo interpreta el arte, y nosotros no se los escaseamos, ya que ha logrado producir una de sus más bellísimas obras, dedicada expresamente para nuestra publicación.

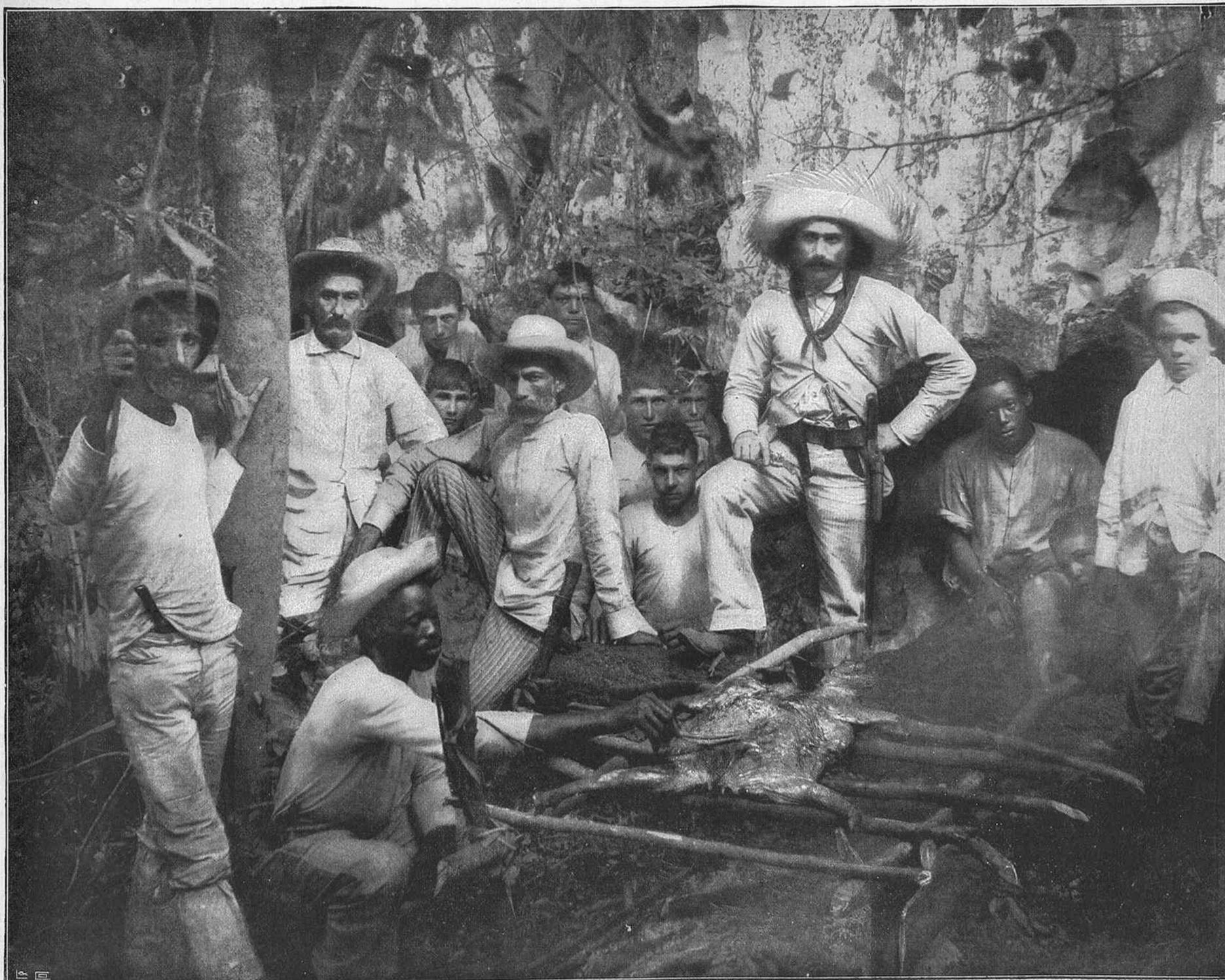
Patinadores, dibujo de A. Marold. — El lápiz del conocido dibujante parisiense A. Marold se distingue por el sello de elegancia que llevan todas sus producciones: los lectores de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA han podido comprobar nuestro aserto en las distintas ocasiones en que hemos publicado trabajos del celebrado artista, cuya firma se disputan las más notables ilustraciones extranjeras. El que hoy reproducimos, inspirado en el espectáculo que ofrecen los patinadores en el Bosque de Bolonia de París, es digno compañero de los que otras veces hemos publicado.

La guerra de Cuba.
 - La vista de los dos grabados que publicamos en esta página da á comprender claramente la desigualdad de la lucha que en la isla de Cuba sostienen nuestros soldados: en las tropas españolas imperan el orden, la subordinación, la disciplina, que les obligan á atacar y á defenderse sin mirar ni el número de los enemigos ni las condiciones en que han de trabar combate; las fuerzas rebeldes, en cambio, compuestas de elementos heterogéneos no unidos por los estrechos lazos que crean las severas ordenanzas, luchan si les parece que la ventaja está de su parte, atacan cuando están seguros de la inferioridad del adversario, y se dispersan y desbandan para volver á reunirse en puntos de antemano convenidos en cuanto los nuestros se lanzan sobre ellos. Una guerra en estas condiciones ha de ser forzosamente larga y difícil, y así no es de extrañar que, á pesar de los esfuerzos gigantescos que está haciendo España y de las continuas pruebas de resistencia y valor heroicos que dan nuestras columnas, la insurrección no haya podido sufrir uno de esos golpes que deciden de la suerte de una campaña. Sin embargo, dignas son de admiración las tropas leales por sus continuados y gloriosos triunfos.



LA GUERRA DE CUBA. - TROPAS ESPERANDO EN LA HABANA LA LLEGADA DE FUERZAS EXPEDICIONARIAS
 (de fotografía)

Vendedor de caretas, dibujo de N. Méndez Bringa. - Los distintos dibujos que de nuestro querido colaborador señor Méndez Bringa han aparecido en las páginas de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA demuestran, al par de su habilidad técnica, el concienzudo estudio que el distinguido artista ha hecho de los tipos y costumbres madrileños. Cada una de sus obras constituye un documento interesante para la historia de la sociedad actual en sus distintos aspectos, ya que abarcan desde la aristocrática dama y el frívolo gomoso hasta la pobre trapera y el modesto vendedor ambulante, y reproducen, así la parte brillante y alegre de la existencia, como esas múltiples miserias que ora se presentan en toda su desnudez, ora aparecen disimuladas bajo falsas apariencias. Méndez Bringa busca sus asuntos en lo serio y en lo cómico, entre las altas clases y en el pueblo, y con tan infinita variedad de modelos es natural que su producción sea varia en alto grado y en extremo abundante, porque otra de las buenas cualidades de este artista es su laboriosidad. Y decimos otra, porque en nuestro concepto las cualidades que más le caracterizan son el buen gusto, la finura y la elegancia que imprime en sus composiciones.



LA GUERRA DE CUBA. - PARTIDA INSURRECTA PREPARANDO LA COMIDA EN SU CAMPAMENTO
 (copia fotográfica publicada en *Illustrated London News*)



VENDEDOR DE PÁJAROS, cuadro de Angel Dal Bianca



DESCANSO, cuadro de Ignacio Díaz Olano (Exposición de Bellas Artes de Roma de 1895)

Excmo. Sr. D. Eulogio Despujol. — El apellido del nuevo capitán general de Cataluña figura entre los más ilustres y antiguos de la nobleza catalana, y su historia militar está llena de hechos tan gloriosos, como gloriosos son los tim-



EXCMO. SR. D. EULOGIO DESPUJOL Y DUSAY, conde de Caspe, recientemente nombrado Jefe del cuarto cuerpo de ejército (de fotografía de Napoleón)

bres nobiliarios que ostenta el escudo de su familia. Hijo de los marqueses de Palmerola y condes de Fonollar y nieto del brigadier D. Ramón Despujol, que tan heroicamente luchó en Gerona, Tarragona, Zaragoza y Tortosa contra los franceses cuando la guerra de la Independencia, educóse D. Eulogio en Francia, adonde había tenido que emigrar su familia, y en Suiza. En 1852 ingresó en la Academia especial de Estado Mayor, ascendiendo en 1855 á subteniente y encontrándose en 1856 en los sucesos ocurridos en julio en Madrid; en 1857 fué promovido á teniente y dos años después á capitán del cuerpo por rigurosa antigüedad. Tomó parte en la guerra de Africa, distinguiéndose en los combates de Lama y de la Vega de Tetuán, en el asalto del aduar y torre de Kiel-le-ly y en las batallas de Tetuán y Wad-Ras, y ganando el grado de comandante y la cruz de San Fernando de primera clase. En 1862 pasó á Cuba y al año siguiente á Santo Domingo, concurriendo á las acciones de San Cristóbal, Bondillo, Mono-guayabo y paso del monte Fundación, que le valieron el ascenso á teniente coronel. De regreso á Cuba, terminada aquella campaña, encargóse de la jefatura de Estado Mayor del departamento oriental. Durante la guerra carlista mandó primero una columna en Aragón, siendo por su brillante comportamiento ascendido á brigadier en febrero de 1874 y á mariscal de campo en noviembre del mismo año. Un año después era nombrado teniente general y puesto al frente de la capitania general de Castilla la Nueva, de la que pasó en 1877 á la de Valencia, en donde hizo fracasar una vasta conspiración republicana, dirigida por el brigadier Villacampa. En 1878 se le nombró capitán general de Puerto

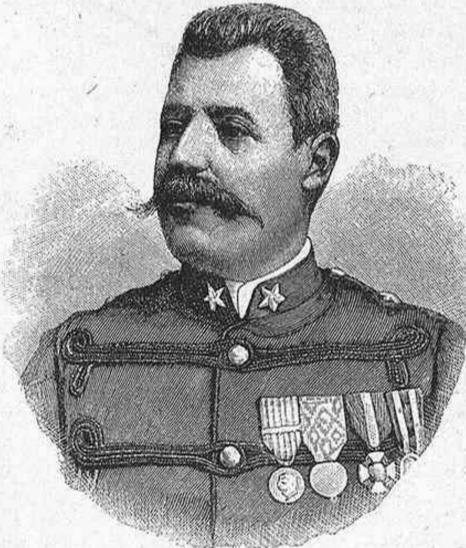


EL PRÍNCIPE HEREDERO DE BULGARIA, BORIS

Rico y conde de Caspe, y se le confirió la gran cruz de Carlos III; en 1882 se hizo cargo de la Dirección general de Instrucción militar y en octubre de 1892 gobernador general de las islas Filipinas, cargo que desempeñó cerca de dos años. A su vuelta á España nombrósele comandante del cuarto militar de la reina, elevado puesto en que ha permanecido hasta su reciente nombramiento de jefe del cuarto cuerpo de ejército, nombramiento que ha sido muy bien acogido en Cataluña y especialmente en Barcelona, en donde el general Despujol cuenta con muchas amistades y simpatías. Las dotes de excelente gobernante que ha demostrado en sus anteriores importantes mandos, son garantía de que los catalanes no tendrán más que motivos para felicitarse de que al frente de este distrito militar figure su ilustre paisano que en tantas ocasiones ha probado su amor á la tierra que le vió nacer.

El príncipe heredero de Bulgaria, Boris. — «Estamos convencidos de que Bulgaria tendrá en lo sucesivo una dinastía ortodoxa:» así dijo el metropolitano Clemente al regresar el verano último de San Petersburgo, adonde había ido

presidiendo la diputación conciliadora que la nación búlgara envió oficialmente al tsar con asentimiento del príncipe Fernando. De suerte que ya entonces fué cosa resuelta el ingreso en la iglesia cismática griega del príncipe heredero Boris, nacido en 30 de enero de 1894, y el presidente del Consejo de ministros búlgaro aseguró en 24 de enero último, en el Club del Partido Nacional, que la ceremonia de la abjuración se celebraría durante la primera legislatura de la Sobranié. Natural era que la Curia romana se apercibiera á oponerse con todas sus fuerzas al acto que se proyectaba, y el príncipe Fernando, para vencer esta resistencia, emprendió un viaje á Roma y celebró con el Papa en 27 del mes pasado una entrevista que no dió resultado alguno para el objeto que aquél se proponía. A pesar de esto, la conversión es cosa resuelta y la ceremonia del



EL CORONEL GALIANO, jefe de las fuerzas italianas que defendieron heroicamente la plaza de Makalleh contra los ataques de los abisinios

bautizo del niño Boris se verificará en breve, si no se ha verificado ya cuando este número llegue á manos de nuestros lectores. La princesa María Luisa de Parma, esposa del príncipe Fernando, no ha querido autorizar con su presencia el acto de la abjuración, y ha salido de Bulgaria llevándose consigo su segundo hijo, el príncipe Cirilo, estando, según se dice, resuelta á convertir en definitiva esta separación temporal de su marido. Apadrinará al príncipe Boris el tsar Nicolás II, y con este motivo se recuerda que en el año 864 otro tsar, Miguel III, apadrinó á otro príncipe Boris, que con todo su pueblo abrazó también la religión griega, siendo el primer rey cristiano de Bulgaria.

El coronel Galiano. — La heroica defensa de Makalleh ha hecho célebre estos días el nombre del coronel Galiano, que con sólo 1.330 hombres resistió por espacio de dos semanas los continuos asaltos de los abisinios que en número de 70.000 y mandados por los más importantes rases pusieron sitio á la plaza ocupada por los italianos. Estos, consumidos ya el agua, los víveres y las municiones, hubieron al fin de capitular el día 21 de enero último, saliendo de la ciudad con todos los honores, conservando las armas, y recibiendo de sus propios enemigos provisiones de boca y acémilas para el transporte de heridos y bagajes y siendo escoltados por el ras Makonnen, representante del Negus, hasta el campamento del general Baratieri. El coronel Galiano nació en 1846, tomó parte en la expedición africana de 1887 y se distinguió notablemente en la batalla de Agordat, en 1893.

Vendedor de pájaros, cuadro de Angel Dal Bianca. — A juzgar por las caras de las tres muchachas, no son los dos feos mochueros los que atraen su atención y hacen asomar á sus labios las graciosas sonrisas que animan sus rostros, sino el gentil vendedor de los pajarracos, que á su vez las contempla regocijado y un tanto indeciso, como si no supiese por cuál de las tres decidirse; ya que bien se le alcanza que por aquella vez no ha de despachar su mercancía y que por lo tanto si algún provecho ha de sacar de la conversación, más ha de ser como enamorado que como comerciante. El grupo tan admirablemente pintado por el conocido artista italiano Dal Bianca, resulta interesante y alegre, y el mismo contraste entre la seriedad de las poco simpáticas aves y el regocijo de las tres jóvenes y del vendedor contribuye al mayor efecto de la pintura.

Descanso, cuadro de Ignacio Díaz Olano. (Exposición de Bellas Artes de Roma de 1895). — Dos campesinos italianos dando tregua por unos momentos á su ruda faena, apoyados en los instrumentos de trabajo, han servido al discreto pintor Sr. Díaz Olano para producir una de sus más notables obras, aplaudida y admirada por los inteligentes en la última exposición celebrada en Roma. Sepárase este lienzo del género hasta ha poco cultivado por aquel artista; mas nos place consignar que hallamos en su última producción tales bellezas, que no titubeamos en considerarlo como el más importante de cuantos ha producido. Es un cuadro de la vida real, estudiado con singular acierto é interpretado con maestría.

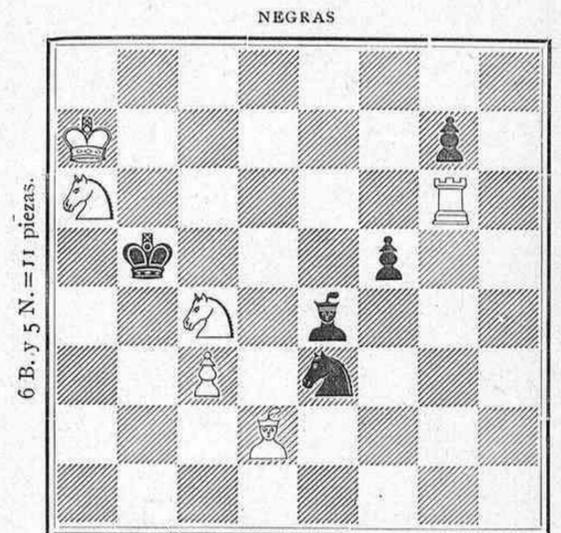
Fuera de combate, cuadro de Vicente Cutanda. — En las grandes herrerías y altos hornos que funcionan en las ricas provincias del Norte de la península ha hallado el distinguido pintor Vicente Cutanda asuntos verdaderamente sensacionales para sus más celebradas producciones. Los tipos varoniles de los obreros, la índole ruda y violenta del trabajo á que se dedican y el fantástico efecto que producen los lugares en donde se domeña el metal son medios para suggestionar al artista, ansioso siempre de reproducir ó representar la acción, la vida y la lucha entre las energías del hombre y las de la naturaleza. *Fuera de combate* es una nueva página, gallarda y bellamente pintada, que ha de llamar la atención de los inteligentes en la próxima Exposición de Berlín, donde en breve será admirado.

D. José de Castro y Serrano. — A la edad de sesenta y seis años ha fallecido en Madrid el día 1.º de este mes el Sr. Castro y Serrano, una de las más legítimas glorias de nuestra literatura contemporánea, el escritor culto y castizo cuyas obras son de deleitosa lectura, tan gratas por lo castizas cuanto provechosas por la moral sana en que todas se inspiran. Nacido en Granada, estudió la carrera de medicina, ganando por oposición todos los cursos hasta la licenciatura: médico á los diez y ocho años, trasladóse á Madrid para esperar la época de obtener reglamentariamente su título, que no podía alcanzar hasta cumplir los veintinueve, según la legislación entonces vigente. Su afición á las letras, hizo dedicarse al estudio de la literatura, para matar, por decirlo así, el tiempo, y lo que en un principio fué poco menos que entretenimiento, acabó por ser la profesión en que tantos lauros había de conseguir el joven granadino, quien esgrimió sus primeras armas literarias en varios periódicos. En 1861 dió al público su primer libro, *Cartas trascendentales*, que fué acogido con especial entusiasmo, y que todavía figura y figurará siempre entre las obras con más gusto leídas. De otro género, aunque no menos interesantes, fueron *España en Londres* y *España en París*, resultado de sus visitas á las exposiciones que se celebraron en las capitales de Inglaterra en 1862 y de Francia en 1868, y á las cuales asistió designado por el gobierno en la primera y por iniciativa particular en la segunda. También concurrió á la de Viena de 1873, escribiendo desde allí notables correspondencias. Pero su obra más importante en este género fué la colección de artículos que hoy se conoce con el nombre de *La Novela de Egipto*, y que se publicó cuando la apertura del Istmo de Suez: Castro y Serrano escribía y se insertaban en *La Epoca* correspondencias dando cuenta de aquel hecho en sus menores detalles; y tanta apariencia de verdad había en ellas, tan exacto conocimiento revelaban de los lugares y sucesos, que nadie supo, á excepción del propietario del periódico, que estaban escritas en Madrid, pues nadie podía sospechar que aquellas descripciones vividas, aquellos cuadros de una realidad asombrosa pudiesen ser hijos de la potencia imaginativa y de la simple erudición de un literato. Aquella verdadera creación de Castro y Serrano se extendió rápidamente, no sólo por España, sino que también por el extranjero, y el corresponsal fingido de *La Epoca* tuvo la satisfacción de oír proclamar en todas partes que su obra *inventada* era la mejor de cuantas sobre aquel gran acontecimiento habían escrito los más avisados corresponsales auténticos. Aparte de estos, ha escrito multitud de trabajos y artículos, entre los cuales sobresalen las novelitas cortas que su autor titulaba *Historias vulgares*. D. José de Castro y Serrano era académico de la Lengua desde 1883.



EL ILUSTRE ESCRITOR D. J. CASTRO Y SERRANO, fallecido en Madrid el día 1.º de febrero de 1896

AJEDREZ
PROBLEMA N.º 6, POR VICTORIANO AOIZ Y DEL FRAGO
(La posición tiene la figura de la letra V.)



Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas

SOLUCIÓN AL PROBLEMA N.º 5, POR FÉLIX ESCUTÉ

- | | |
|--------------------|--------------------|
| Blancas. | Negras. |
| 1. A3TR | 1. P4TR |
| 2. T4CR | 2. P toma T |
| 3. C de 5 T á 6 AD | 3. P toma A |
| 4. D2AR | 4. P8CR pide C (*) |
| 5. D2R | 5. C toma D mate. |
- (*) Si 4. P8CR pide D ó T jaque, la solución sigue así: 5. D c R jaque, 5. D ó T toma D mate, — y si 4. P8CR pide A; 5. D3R jaque, 5. A toma D mate.



Aquel día el joven pintor no hizo más que un croquis de su modelo

EN BUSCA DE UN IDEAL

NOVELA ORIGINAL DE JUANA MAIRET. — ILUSTRACIONES DE MARCHETTI

(CONTINUACIÓN)

La señora Milner compró al joven pintor Nevin su primer gran cuadro, *Disputa en una taberna de Madrid*, pintura muy discutida y cruda, tan violenta como su asunto, en que el modelado de las cabezas se había sustituido por manchas brutales de color, y en que las manos apenas se indicaban algunas veces, sin que el efecto del cuadro dejara de ser muy poderoso. La señora Milner, que no entendía nada de este arte, pasaba, sin embargo, por ser autoridad en la materia; así es que después de haber ella adquirido el cuadro, recibió Nevin muchos encargos de importancia, con lo cual entró en carrera, encargándose él entonces de elevarse más.

Todo parecía ser contradictorio en Nevin. Aquel pintor de obscuro linaje, imitador de Goya, era pequeño, delgado, muy bien parecido; cuidaba mucho de su persona, y estaba orgulloso de sus manos finas

y de sus pies de mujer. Su voz era dulce y cariñosa; hubiérase dicho que siempre estaba enamorado, y tenía una manera de inclinarse hacia una mujer al hallar con ella, que la comprometía. En rigor, mostrábase desdeñoso con el bello sexo y despreciábalo cuando no podía servirle en su arte para adelantar en su carrera social. Había nacido con todos los instintos de la fiera; y para conseguir su objeto no hubiera vacilado en destrozar el corazón de una mujer, engañar á un amigo, ó en hacer suya la gloria de un maestro, aunque hubiese sido el suyo propio.

Pero hacía todo esto con tal suavidad, tan políticamente, sin elevar nunca la voz ni permitirse un ademán brusco, que muchos le tomaban por lo que parecía, es decir, un joven muy bien educado, de carácter dulce, de agradable presencia y seductor.

Nevin se acercó al grupo de jóvenes reunidas al-

rededor de la mesa del te, y que en aquel instante hablaban animadamente, contando chascarrillos. Mila, de mayor edad que cualquiera de sus amigas, parecía naturalmente su reina; todas hablaban á la vez, y formaban así un conjunto muy alegre. Una de las dos hermanas, Dora Mathews, á la cual se suponía enamorada del pintor á la moda, exclamó:

— ¡Oh, Sr. Macready, venga usted á reunirse con nosotras! El Sr. Nevin quiere hacer el retrato de Mila para la próxima Exposición, y mi amiga se niega á ello porque no quiere servir de modelo. Dígale que hace mal, porque el Sr. Nevin presentaría una obra maestra con tan admirable original.

El Sr. Macready se levantó.

— Mila teme tal vez, contestó el americano, aparecer ante el público con cabellos azules, y manchas de color de naranja, verdes ó violáceas en el rostro,

No todo el mundo tiene como usted, señorita, tanto amor a la pintura... del porvenir, a la pintura adelantada, por no decir amanerada...

El pintor se irguió al oír esto, y su voz, muy suave, tomó un tono de aspereza.

— Es usted muy severo, dijo.

— ¿Yo?, repuso Macready. Nada de eso; pero soy un inteligente «algo antiguo», y agrádame la pintura que me representa lo que veo y no lo que podría ver en una pesadilla. Escuche usted..., yo poseo un estudio, obra de usted, de hace unos ocho años; entonces no se le conocía aún como artista, y no me costó cara. Representa una mujer sentada, de la cual no se ve más que la espalda, un perfil perdido, y una especie de ropaje sonrosado que cubre la parte inferior del cuerpo. La obra es en realidad excelente, rica en colorido y de una delicadeza de tonos muy rara. Le juro a usted que esa no es la pintura con reflejos de fuego de Bengala que ha labrado su reputación y que a mí no me gusta. Ya ve usted que soy franco; y no sé por qué diablos se habrá desviado del camino que le ofrecía una brillante perspectiva.

— ¿Por qué? Pues la respuesta, caballero, está en lo mismo que usted ha dicho ahora. Usted compró por un pedazo de pan la mujer vista de espaldas, y correspondiendo a su franqueza con otra, le diré que a mí no me gusta el pan seco. A fin de ponerle manteca, y abundante, que es como me agrada comerle, me ha sido necesario llamar la atención del público. En las ferias se toca el bombo; y en la exposición de pinturas se presentan las que usted ha llamado de fuegos de Bengala.

— Dispense usted. Algunas veces veo cuadros sencillos de hermosa ejecución, que se recuerdan después de haberlos mirado.

— ¿Qué edad tienen los pintores? ¿Cuántos años necesitaron para imponer sus obras «sencillas y elevadas»? Yo tengo menos de treinta años, y vendo mis lienzos a subido precio. Pertenezco a una nación impaciente, y no tengo tiempo de esperar.

— ¡Muy bien! Por lo menos es usted tan franco como yo. Pero si ha de hacer el retrato de la señorita del Paso, créame, olvide un poco su extraordinaria habilidad de mano, y proceda en su obra con mucha sencillez, si puede hacerlo. Sea respetuoso con la naturaleza, imite su escuela, y no busque — dispense usted esta trivialidad — el asombro de las gentes sencillas que se dejan fascinar fácilmente.

— Si yo sigo los consejos de usted, a lo cual me siento muy inclinado, ¿me promete usted servirse de su influencia con la señorita del Paso?

El Sr. Macready vaciló un instante, pues a pesar de su severa crítica, sabía que el pintor americano tenía en realidad talento; pero si apreciaba al artista, desconfiaba del hombre.

— No es usted el único, dijo, que desea retratar a nuestra diva; pero siempre ha rehusado servir de modelo...

— ¡Es tan enojoso, contestó Mila, y tengo tanto que hacer!

— A veces se concede a un compatriota, observó Nevin, lo que se rehusa a un extranjero.

— Pues bien, entonces mi primo me entretendrá durante las sesiones. ¿No es verdad, Bob? Y nuestras amiguitas vendrán a tomar el te al taller, porque usted nos obsequiará. ¡Bien me lo habré ganado!

Y la cosa se arregló al punto.

Otras personas entraron, entre ellas la señora Milner, acompañada de su hija la princesa Pignacci, y esto hizo cambiar el rumbo de la conversación. Por dondequiera que iba, la señora Milner ocupaba siempre el primer lugar; y su manera especial de no reconocer nunca a las personas a quienes no quería admitir en su casa hacía mucha gracia al Sr. Macready. Su miopía le servía para esto maravillosamente, y la perseverancia de aquéllas para hacerse presentar de nuevo divertía mucho. No dejaba por eso de ser una buena persona; solamente los amigos íntimos comprendían sus burlas, y hablaba gustosa con sus víctimas sirviéndose de un inglés algo dudoso, ó de un francés que no lo era nunca.

Por más que se indignen los moralistas, en este mundo el dinero, cuando se tiene en cantidad fabulosa, será siempre una de las grandes potencias, tal vez la mayor de todas.

Cuando la señora Milner supo el proyecto del retrato, se alegró mucho. De todos los jóvenes pintores a quienes protegía, Nevin era el que la honraba más; este «pequeño arisco» era de su agrado, porque siempre parecía que acababa de bañarse, y porque vestía con suma pulcritud: a la señora Milner le agradaba mucho el aseó.

En rigor... ¿por qué Nevin y Mila, hermosos ambos y ya célebres, no se agradarían recíprocamente? La dama creía ver ya el matrimonio concertado bajo sus auspicios. ¡Qué agradable fiesta!.. En aquella mu-

jer autoritaria, a pesar de su aire bonachón, un proyecto vago convertíase muy pronto en cosa resuelta en su mente; lo que ella entreveía, quería muy pronto, y contra aquella voluntad todo se estrellaba. La princesa Pignacci hubiera podido contar mucho sobre el particular.

Hacíase tarde ya, y toda aquella gente se divertía tanto en casa de Mila, que nadie pensaba en marcharse.

La puerta del salón se abrió una vez más, y Francisco Villeroy, con un grueso paquete debajo del brazo, se detuvo en el umbral, poseído de asombro, desorientado, trastornado por el rumor de las voces, femeninas las más, deslumbrado por el brillo de las luces y como aturrido en aquella atmósfera demasiado cálida, sobrecargada del aroma de las flores y también de los perfumes más penetrantes.

Llegaba presuroso porque su trabajo estaba terminado. Muy absorto, pensando en la alegría de oír de nuevo la voz que le acosaba y de volver a contemplar aquel rostro de mujer, único en el mundo, en su opinión, había venido muy de prisa, y franqueando después los escalones de cuatro en cuatro, acababa de entrar, dominado por su idea fija hasta el punto de no oír siquiera los rumores que llegaban del salón. Y allí permanecía inmóvil, con esa especie de cólera bien conocida de aquellos que han soñado algo delicioso, y a quienes la realidad aleja mucho de aquel sueño con la brutalidad de los contratiempos de la vida.

Mila le vió al punto; dirigióse hacia él, presentándole su mano, y casi todas las conversaciones cesaron. Dora Mathews notó que el sombrero del recién venido estaba cepillado a contrapelo, y Wilbur Nevin le miró de pies a cabeza con instintiva aversión; pero sus ojos de pintor observaron desde luego la belleza de la frente bien desarrollada, la mirada expresiva y la boca de correcto perfil.

— He aquí una visita largo tiempo esperada, señor Villeroy, dijo Mila.

— Y bien inoportuna, murmuró el músico. ¡Dispache usted a todos esos inútiles y habladores, porque aquí traigo mi *Sirena*! Si usted supiera qué hambre y sed tengo de su voz...

Mila no pudo menos de sonreír.

— Un poco de paciencia, contestó, yo se lo ruego. En pleno salón de París no se despide, ni aun a los indiferentes, para complacer a un amigo; pero ya es tarde, y todos se marcharán muy pronto. Vaya usted a conversar un poco con mi tía; cuando los demás se vayan, se quedará usted con nosotras y entonces nos dedicaremos a la música. ¡Qué deliciosa velada! Villeroy, repuesto de su primera impresión de disgusto, sonrió también. Sabía perfectamente amoldarse a las costumbres sociales, cuando quería tomarse la molestia de hacerlo; y por otra parte, el Sr. Macready llegó en su auxilio. Los dos se acercaron luego a la princesa, quien dispuso tan halagüeña acogida al músico, que hasta las hermanas Mathews, olvidando el malhadado sombrero, observaron que el recién llegado tenía un aire... muy distinguido.

Cuando la señora Fletcher comprendió que Villeroy debía pasar allí la velada y cenar después, tomó una expresión resignada, pero entristecida.

Mila quiso que el Sr. Macready se quedase también; pero éste, después de vacilar un instante, miró a Villeroy y rehusó algo bruscamente: después se marchó furioso por no haber aceptado.

En aquel músico, siempre inquieto y de talento vivaz, había un fondo de candidez y de juventud del todo extraño é imprevisto. Cuando se creía dichoso — y aquella noche fué una de las más felices que jamás conociera — su dicha se revelaba por una alegría infantil, y sentía la necesidad de mostrarse tal como era realmente, de confesarse, por decirlo así, y pedía confidencia por confidencia. Había vivido casi siempre sin conocer apenas las dulzuras de la familia y rehuyendo con una especie de repugnancia instintiva las relaciones fáciles. Ahora su corazón se explayaba naturalmente, y producíanle una dulce impresión hasta las cosas exteriores. Muy indiferente al fausto y a la riqueza y contentándose sin dificultad con una vida de estudiante pobre, el lujo de aquella habitación, el perfume de las flores y el aspecto de la mesa, muy bien servida, causábanle una sensación alegre y dulce. Todo cuanto era bonito y gracioso parecía formar parte del encanto de Mila, de su radiante juventud y de su belleza; y he aquí por qué aquel lujo discreto le agradaba, influía en su imaginación y proporcionábale un sentimiento de bienestar, algo sensual, que le complacía mucho.

Y por encima de todo, en medio de las incesantes conversaciones, no le abandonaba un pensamiento que hacía latir su corazón: «Ella encarnará mi obra; será una obra de los dos, y por esto mismo llegará a ser mía... me amaré, y yo la amaré...»

Mila, por su parte, miraba al joven con una especie de asombro, preguntándose cómo había podido ella creer que fuese torpe y rudo. Se hallaba allí tan a su gusto, y mostrábase tan atento con su tía y con ella, que parecía haberlas conocido toda la vida.

Sin duda su mirada manifestó un poco de esta sorpresa: Villeroy no necesitaba que Mila hablase para adivinar sus pensamientos.

— ¿No es verdad?.., preguntó. ¿Pero por qué admirarse? A mí me parece haberla visto cuando aún era niña; he adivinado su infancia, y nada de usted es extraño para mí. Tal vez nos hayamos conocido en una vida anterior. Ya verá usted cómo mi canto de sirena le parecerá familiar...

— Eso les sucede a muchos músicos, dijo la señora Fletcher con acento burlón, y no siempre vienen los recuerdos de una vida anterior, como usted dice.

Su tono indefinible daba una expresión irónica a todas sus palabras, pronunciadas lentamente.

— Ya la convertiré a usted, señora, dijo Villeroy, y entonces no me dirá más cosas crueles.

— Yo soy quien debería convertirle a usted, porque es un idólatra.

— ¡Nada de eso! Muy al contrario, soy sumamente religioso, a mi manera, tal vez no bastante ortodoxa, pero que no por eso es despreciable. Cuando soy feliz, como esta noche, siento la necesidad de rezar y de dar gracias a Dios; y si sufro, mis lágrimas son también una oración. La vista del mar, de un bosque ó de una hermosa montaña, la mirada pura de una mujer; todo esto me induce a prosternarme, en espíritu, y adorar... no sé si a Dios ó a la santa naturaleza; pero la adoración me llena de celestial alegría. Ya ve usted que no soy tan idólatra como dice.

La señora Fletcher contestó con un «¡hum!» lleno de indignación protestante respecto a una fe tan poco conforme con las reglas; pero no se dignó pronunciar una palabra.

— Eso es lo que yo experimentaba también, dijo Mila, cuando me hallaba en la cumbre de mi hermosa montaña, cuando veía el Océano azul, el Océano alegre de mi país, y mis pobres cantos, que el viento se llevaba, eran también oraciones en cierto modo. Pero, añadió Mila apresuradamente, yo soy además buena católica, y la magnífica música de las iglesias me induce a prosternarme, no tan sólo con el espíritu, sino también en realidad.

— Lo cual equivale a decir, señorita Mila, observó Villeroy, que lo que es absolutamente bello es también absolutamente religioso.

Levantáronse de la mesa, y muy pronto Villeroy fué a sentarse al piano. La especie de alegre sobreexcitación que había experimentado durante aquella agradable escena, en que solamente los tres tomaron parte, cesó al punto; y desde las primeras notas, el músico se sintió poseído de otra embriaguez, la que le proporcionaba su obra. Según había dicho al Sr. Macready, no le parecía componer ni arreglar, sino más bien escuchar un canto interior, que él transcribía bien ó mal.

Mila escuchaba, tratando de comprender, y seguía la música manuscrita, difícil de descifrar. Villeroy, pianista de primer orden, llegó a dar una idea bastante clara de la sabia instrumentación; pero la joven quedó completamente desorientada al principio. Entonces el compositor se detuvo para darle algunas explicaciones y hacerle seguir el desarrollo de la fábula, en medio de la música, más armónica que melódica, desde las primeras escenas. Después llegó a ese primer canto de la sirena, compuesto durante su larga excursión por la orilla del mar, y que escribió pensando en Mila, en su deliciosa voz, tan grave en el registro inferior, como cristalina y vibrante en las notas de sobrano puro.

Entonces Mila comprendió, y despertóse en ella todo el genio de la artista. Hizo repetir el canto, escuchando atenta, asimilándosele y adivinándole, con noble orgullo al pensar que sin ella la obra sería incompleta.

Después, un poco temblorosa, comenzó a ensayar, sin atreverse aún a cantar a toda voz, murmurando más bien y enardeciéndose poco a poco, mientras Villeroy la guiaba y estimulaba con infinita paciencia. En aquel momento, olvidábalo todo, el lugar donde se hallaba, la presencia de la señora Fletcher, que poco divertida con todos aquellos ensayos casi dormitaba haciendo calceta, y hasta la belleza de Mila. Esta era la artista, su intérprete, y por lo tanto debía comprender lo que expresaba, lo que él había soñado. Fuera de esto, nada existía en aquel instante para el músico.

Por fin Mila se soltó, sin tener ya miedo, pues también ella no era más que una artista. Se identificaba con la sirena, con ese pobre ser, ni mujer ni diosa, cuyo corazón, de una ternura exquisita y extraña, pedía amor, solamente amor. El acompañamiento le

hacía sentir bien la impresión del mar; parecíale volver á verle, como tantas veces le había visto, con sus olas que iban á morir en la arena ó á estrellarse contra las rocas, nunca tranquilas, atormentadas eternamente, como lo están nuestras pobres almas enamoradas de lo ideal. Por eso expresó en su canto infinita pasión, deseos rechazados, aspiraciones desesperadas, é hizo también un llamamiento ansioso al amor, á la alegría y á la vida.

¡Ah! Aquello era realmente lo que Villeroy había oído con tanta frecuencia á lo largo de las orillas del mar, ó durante las horas de su hermoso trabajo; y entonces experimentó una de esas alegrías profundas, casi sobrehumanas, que hacen olvidar todas las miserias de la vida, las prolongadas esperas, los sinsabores y las crueldades de una carrera tan terrible como la suya. ¿Qué le importaba todo lo demás? Había hecho una obra noble y hermosa, y esta obra tenía en aquella mujer, en aquella joven que se conservaba deliciosamente cándida y pura, una intérprete sin igual, tan ideal por el talento como por la belleza.

Y Villeroy la amaba... En aquel momento no se preguntó si era la mujer ó la artista la que le inspiraba el amor, ni aquello le importaba. No le daban que pensar tampoco las cosas de la vida, el matrimonio, que no había querido nunca para sí y cuya sola idea le daba miedo aun para la misma Mila. Amaba, y esto era suficiente. Aquella nueva embriaguez mezclábase con la de la música, procedía tal vez de ella, y comunicábale un carácter ideal y noble que la elevaba sobre las cosas de la tierra. Villeroy era dichoso, por esa felicidad divina que á pocos mortales les ha sido dado saborear como él la saboreaba.

El encanto era tal, que no hubiera querido expresarle nunca con palabras; la música debía bastar, porque la música y la mirada penetran en el corazón del ser adorado.

Villeroy dejó caer sus manos, permaneciendo silencioso, y Mila, poseída nuevamente por el temor, preguntó en voz muy baja:

— ¿No es eso? ¿No está usted satisfecho?

Aquella humildad le conmovió como una cosa rara y exquisita, volvióse y miró á la joven sin despegar los labios; pero en aquella mirada estaba toda su respuesta. Mila, muy conmovida, comenzó á temblar, pareciéndole que lo que acababa de pasar entre ellos era irrevocable, que pertenecía á aquel hombre, y que era su bien, su propiedad. Sintióse como aniquilada, y no supo si era infinitamente feliz, ó si tenía dolorosamente lacerado el corazón.

Villeroy tomó su mano con dulzura, como lo había hecho ya una vez, y acercóla á sus labios.

— ¡Ah!, exclamó la señora Fletcher, despertándose de pronto. ¿Sabe usted, señor músico, que no falta mucho para media noche? ¡A mí, que me agrada tanto acostarme á las nueve!.. ¡He aquí otro de mis gustos que no puedo darme sino rara vez!

VIII

La primera sesión prometida á Wilbur Nevin se había fijado para el día siguiente, y Mila fué al taller, acompañada de su tía. Estaba muy absorta, habló poco y apenas escuchó. Seguía su sueño; parecíale cantar aún la obra de Villeroy, y sobre todo, ver de nuevo la mirada profunda del músico.

Aquel día el joven pintor no hizo más que un croquis de su modelo; pero resultó ser una joya, y el señor Macready, que llegó al fin de la sesión, rogó al artista que no lo retocase. Al mirar aquel bosquejo, Mila se ruborizó un poco. Nevin no había dibujado más que la cabeza, y ni aun este trabajo estaba concluido; pero la expresión de los ojos y la ligera sonrisa en los labios revelaban su secreto, dándole á conocer á todo el mundo, ó por lo menos así lo creyó Mila.

Entonces experimentó como un sentimiento de pudor ofendido, como si delante de todos hubiera quedado en descubierto el fondo de su alma y miró con timidez á los dos hombres y después á su tía. No, lo que les seducía era la semejanza admirable, lo atrevido de aquel dibujo, en el que cada toque del lápiz tenía su expresión. El mismo artista, estudiando aquel rostro encantador, no había adivinado nada, pero deleitábase trabajar con semejante modelo.

Muy pronto llegaron Roberto Harcourt con las hermanas Mathews, y Dora palmoteó al ver aquel delicioso trabajo. Bien había dicho ella que Nevin haría una obra maestra. Si el retrato era lo que prometía aquel bosquejo, sería el triunfo en la próxima Exposición. Roberto no dijo nada. ¡Ah, qué no hubiera dado él por ser también pintor! Estaba envidioso de Nevin. Un hombre que, por su profesión, tenía derecho para estudiar así el rostro de una mujer, le aven-

tajaba á él por mucho, y los celos le hicieron ser un poco más perspicaz que los otros; pero se equivocaba en cuanto á las personas.

Mientras Nevin terminaba su dibujo, indicando la parte superior del busto, sin tocar el rostro, Roberto exclamó:

— ¡Cuánto daría yo por saber en qué pensaba mi linda prima durante la sesión!

Mila se estremeció ligeramente; pero había vuelto á ser dueña de sí, y supo contestar alegremente:

— ¡Pensar, pensar!.. ¡Qué de prisa vas, Bob! Voy á confesarme. Siempre admiré el encadenamiento de las ideas de los verdaderos pensadores, según la fórmula que nos dan algunos hermosos libros; pero lo admiro sin creer en él en absoluto; bien es verdad que en mi pobre cerebro de mujer no cabe gran cosa. Imagina un espejo roto en muchos pedazos; cada uno de éstos refleja alguna cosa, pero no reproducen sino pequeños fragmentos de ella, jamás un conjunto hermoso, un cuadro bien ordenado. Supongamos ahora que yo comienzo por una meditación sobre la inmortalidad del alma... no te rías, pues á veces reflexiono en las cosas serias. Me pregunto si creo, y como es natural, me contesto afirmativamente. Después, por delante de uno de los pedacitos del espejo pasa la imagen de un gran filósofo, que un día cree en la inmortalidad y al siguiente deja de creer en ella. La imagen representa un caballero, de figura poco agradable, muy grueso y pesado, y esto me lleva á reflexionar sobre la obesidad, que temo mucho, pues un día seré probablemente muy robusta y mis ropas tendrán una tirantez enojosa. En tal caso me dirigiré á... Aquí otro pedacito del espejo me representa una gran costurera, á quien á veces hago algunos encargos, aunque no muchos, porque es muy cara.. Y he aquí cómo la meditación sobre la inmortalidad del alma me conduce al salón de pruebas de Laferriere.

¡Confiesa que esto es humillante! Además, en mí, los «pensamientos,» como tú dices, querido Bob, van acompañados de un *aria*, casi siempre la misma, que vuelve á comenzar cuando ha terminado, y cuyo compás llevo con un movimiento de los dedos. ¿Crees que los filósofos de profesión oyen cantar dentro de sí *Mi amigo Pierrot ó Mambrú se fué á la guerra*, mientras se penetran de una idea profunda y generalmente desconsoladora? En cuanto á mí, no creas que esto me extrañase mucho.

Mila había vuelto á ser lo que era siempre, una niña alegre y buena; y nadie pensó ya en preguntar qué significaría la expresión vagamente extasiada, cogida al vuelo, por decirlo así, y estampada por el lápiz del pintor.

Nevin no trabajaba muy de prisa, y además de esto, descontento á menudo de lo que acababa de hacer, borrábase en gran parte. Aunque algunas veces fuera capaz de faltar á las buenas reglas, como le decía el Sr. Macready, tratando de llamar la atención del público por medios indignos de un verdadero artista, no por eso le faltaba la pasión de su arte. Suplicó á Mila que prolongase las sesiones todo lo posible, y sobre todo, que fuese al taller por la mañana.

— No puede ser, Sr. Nevin, contestó la joven; destino las mañanas á mi trabajo, y esto es cosa muy sagrada.

— Sin embargo, dominando como domina usted su voz, sabiendo como sabe todos sus papeles...

— Ahora estudio uno nuevo.

No quiso decir más, y no fué nunca al taller por la mañana. Entonces la puerta de su casa permanecía severamente cerrada para todo el mundo; y hasta el mismo Bob, que había tomado la dulce costumbre de subir á casa de su prima cuando se le antojaba, es decir, muy á menudo y á cualquiera hora, se vió excluido también, con gran despecho suyo.

Villeroy hacía trabajar todas las mañanas á Mila, y la señora Fletcher no tenía nada que decir contra esta nueva costumbre, que tomaba la regularidad y también la austeridad de una lección. Muy rara vez consentía Villeroy en quedarse á almorzar con su discípula; y cuando se dejaba seducir, volvía á mostrarse, como en la cena de la primera noche, muy alegre y hasta un poco travieso. Mila, en cambio, permanecía absorta, con los ojos un poco cerrados y la voz como velada.

Parecíale vivir en una especie de sueño, del que no deseaba en modo alguno despertar. Villeroy no le hablaba ya nunca de su amor, ni besaba su mano; cuando llegaba dirigía algunas breves palabras á Mila, sentábase al piano, y la discípula cantaba. Los progresos eran más sensibles cada día, y cuando la joven supiera bien su papel, entonces...

Ni él ni ella querían pensar en lo que sucedería forzosamente después: ó el rompimiento terminante, que resultaría del abandono de la costumbre, ó bien esta última, cambiando insensiblemente de carácter,

se convertiría en la intimidad absoluta y deliciosa de todos los momentos.

¿Sería posible separarse?

Después de cada hora pasada así en la comunión divina de la música, en la que las palabras eran inútiles, puesto que aquella las reemplazaba tan bien, Mila quedaba absorta y como aniquilada, y entonces era necesaria una palabra viva y seca de la tía para sacarla de su dulce entorpecimiento.

— ¿Duermes, Mila? Te he dirigido la palabra tres veces sin obtener contestación.

— Dispense usted, tía, y no haga caso de mi distracción. Siempre me sucede lo mismo cuando aprendo un papel nuevo. Apenas lo sepa del todo, esto pasará y volveré á ser la misma.

— No se perderá nada en ello, pues la meditación no se aviene con tu belleza, hija mía, y debo advertirte que ya se comienza á charlar de tu modo de ser. ¿Qué tiene su sobrina, querida señora? — Trabaja demasiado; esto le ataca los nervios, y también los míos. — Vamos, ¿y para quién trabaja así? ¿Ha de representar algún nuevo papel en la Opera? — Puede usted preguntárselo, pues á fe mía que no me encargaré yo de ello. La señora Milner es la que ha dado más en lo justo; tú no haces caso de ella y está resentida de esto. Ayer me dijo: «Querida amiga, no es la música lo que absorbe hasta ese punto á nuestra diva; es el músico. Roberto Harcourt me ha declarado que si Mila le cerraba la puerta era porque detrás de ella estaba Villeroy, haciéndole cantar una ópera suya, que por lo demás no se representará nunca...»

— ¿Y qué ha contestado usted?

— Pues nada, ó poco menos. ¿Qué podía yo decir? «Sí, querida amiga, repuse, mi sobrina está loca de atar. Ella, tan orgullosa de su independencia, y que juraba y perjuraba que no se casaría nunca...»

— No concluya usted, querida tía, interrumpió la joven, pues aún no sé si amo á Francisco Villeroy. Lo que puedo asegurarle es que no ha solicitado mi mano; pero en fin, hablemos ahora de otra cosa. Todos esos chismes se desvanecerán con la misma facilidad con que se han formado. ¿Por qué no me casan con el Sr. Nevin? ¿No le veo acaso con tanta frecuencia casi como al Sr. Villeroy?

— ¡Hum! No falta quien hable de ello también, pero sin dar á esa sospecha gran crédito. En cuanto á mí, ya lo sabes..., opto por Nevin, porque éste habla inglés por lo menos y gana dinero.

Mila no contestó. Repugnábale singularmente pensar que sus más íntimos sentimientos se analizaran así y que sirvieran de asunto á las conversaciones de los ociosos. Sin embargo, aquel agradable crepúsculo del amor; aquel estado vago y delicioso en que uno se siente mecido, impulsado por una ola muy dulce, pero irresistible; aquella situación no podía durar mucho tiempo, y era una lástima.

Sin embargo, como las semanas pasaban sin producirse cambio alguno en la situación de Mila, los chismes cesaron insensiblemente. Rara vez se pronunciaba el nombre de Villeroy, á quien no se veía, y la mayor parte de los concurrentes asiduos al gran mundo olvidaron hasta su existencia, tanto más, cuanto que Mila había vuelto en gran parte á sus costumbres de siempre. En cambio, los ociosos se entretuvieron en pronosticar el casamiento de la diva con su pintor, matrimonio en el cual, como era sabido, se interesaba mucho la señora Milner.

Tal vez pensaba en ello el mismo Nevin, aunque se hubiese jurado no contraer en la vida responsabilidades de ninguna especie. Admiraba mucho á la cantante, sobre todo porque estaba de moda; pero adoraba también su género de hermosura; la forma de la cabeza y el torneado aunque algo robusto cuello que la sostenía eran para él cosas más sensibles aún que la regularidad de las facciones y hasta el brillo de los ojos. Admirablemente formada, de cuerpo flexible y anchos hombros, era un modelo muy diferente de la mayor parte de las mujeres cuyo retrato hacía, y cuyo golpe de vista de pintor, brutal y penetrante, desnudaba despiadadamente. Nevin había representado á Mila de pie, vestida de negro, escotada, con un papel de música en la mano y como disponiéndose á cantar. La postura era muy sencilla y natural, y en el movimiento de la cabeza tan sólo adivinábase la artista feliz, satisfecha y segura de su triunfo.

Mucho antes de terminarse el retrato, Nevin, si no amaba á Mila, por lo menos pensaba en ella sin cesar. La absoluta indiferencia de la joven, que se trasladaba á través de la especie de compañerismo aceptado por ella de la mejor voluntad respecto á los artistas, irritaba al americano, exasperando su amor propio hasta el punto de hacerle creer casi en el amor. Parecíale imposible que una mujer pudiera mantenerse tan fría bajo sus miradas.

(Continuará)

SECCIÓN CIENTÍFICA

LOS METEORITOS

La explosión del bólido que estos días ha dado tanto que hablar y que tanta alarma produjo por unos momentos en Madrid, que es en donde el fenómeno pudo apreciarse en mayores proporciones, nos mueven á reproducir en LA ILUSTRACIÓN

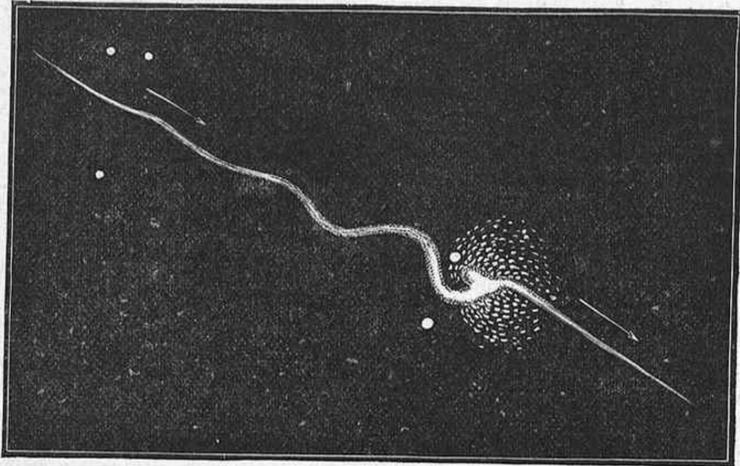


Fig. 1. - Explosión de un bólido de rastro sinuoso observado el 11 de noviembre de 1869

ARTÍSTICA algunos de los párrafos que á aquellos meteoros dedica en la importante obra *El Telescopio Moderno* el conocido y reputado astrónomo español Augusto T. Arcimis, y que creemos han de leer con gusto nuestros suscriptores.

Después de consignar que la opinión más extendida entre los hombres de ciencia es la de que los aerolitos, bólidos y estrellas fugaces son manifestaciones distintas de un mismo fenómeno é idénticas, por ende, en cuanto á su origen, expone la

»Posteriormente se han llevado á cabo varias observaciones de este género que han confirmado la exactitud de las primeras medidas.

»La velocidad media de los bólidos, según cálculos de Herschel basados en 66 observaciones, es de 14 leguas por segundo. Debemos de hacer notar aquí que la velocidad de cualquier punto del ecuador terrestre, velocidad que se debe á la rotación del eje de la tierra, es de 462 metros por segundo, poco más ó menos, y que el movimiento de la tierra en su órbita es de 7,3 leguas por segundo. Vemos, por lo tanto, que la velocidad de estos bólidos es mayor que la de los planetas, y también es digno de llevarse en cuenta que la dirección general de sus movimientos es contraria á la de la Tierra.»

Dedica por último un capítulo á los uranolitos, estudiando su aspecto y composición y relatando las caídas de algunos de ellos, verdaderamente notables, capítulo del cual tomamos los siguientes párrafos:

»La denominación de *uranolitos* se debe al P. Secchi, quien quería que por este nombre se conociesen los aerolitos, meteoritos ó piedras caídas del cielo, cuya existencia por tanto tiempo negaron los astrónomos. A pesar de esta incredulidad, registra la historia la aparición de estos fenómenos, de un modo más ó menos auténtico, hace más de 3.000 años. En los famosos mármoles de Paros, grabados en esta isla por los años 264 antes de nuestra era, y que constituyen una crónica interesante de la historia griega, hallamos que en el año 1478 antes de J. C. cayó un uranolito en la isla de Creta.

»Según el antiguo historiador Pausanias, se conservaban en Orcomenos, ciudad de la Beocia, varias piedras que cayeron del cielo el año 1200 antes de J. C. La línea veintidós de las de J. C. se vió caer una masa metálica en el monte Ida, en la isla de Creta.

crónicas de Paros nos dice también que en el año 1168 antes de J. C. se vió caer una masa metálica en el monte Ida, en la isla de Creta.

»Es casi imposible asignar una fecha á la caída meteórica á que alude claramente Herodoto, el padre de la Historia, en los libros IV y VII; la traducción castellana de este famoso pasaje dice que el escita Targitas y sus tres hijos vieron un día que cayó un hermoso aerolito; aproximóse al prodigio el mayor,

lanzaba en todas direcciones pedazos de materia ó vapores. En un espacio de dos leguas y media de largo por una de ancho se recogieron cerca de 2.000 piedras que pesaron desde algunos gramos hasta 8 y 10 kilogramos.

»El 5 de julio de 1825 presenciaron los habitantes de Torrecilla del Campo una gran lluvia de piedras que cayeron á eso de las dos de la tarde; pesaban desde veinte gramos hasta 500. La relación de los daños causados por estos uranolitos puede leerse en la *Gaceta de Madrid* del 18 de julio de 1825.

»El 31 de enero de 1836, á eso de la una de la tarde, se encontraban de caza en Correze (Francia) los Sres. Ferrion y Soularue, cuando cayó una piedra á unos quince ó veinte metros del punto que ocupaban. A la caída precedieron dos detonaciones comparables á un lejano trueno, y en seguida se oyó un silbido hacia la parte del Norte; el tiempo era lluvioso y no se observó ninguna aparición luminosa. Tan pronto como los cazadores se repusieron de la sorpresa que les causó el fenómeno, se apresuraron á desenterrar la piedra, la cual se encontraba á sesenta y cinco centímetros de profundidad; estaba ya fría: su tamaño sería como de una naranja y su peso de un kilogramo.

»En 1851, el 5 de noviembre, cayeron varios uranolitos en Nules, Castellón. El profesor Joaquín Balcells, de Barcelona, publicó varias noticias acerca de la lluvia meteórica que tuvo lugar el 14 de mayo de 1861 en Cañellas, cerca de Vilanova; muchos de estos aerolitos penetraron tan profundamente en la tierra, que no fué posible encontrarlos, y sólo se recogieron los que cayeron en las rocas ó terrenos más duros. El más grande de todos y que se encuentra en el Museo de Madrid pesa poco más de un kilogramo. Gran trabajo costó adquirir este ejemplar, pues los ignorantes campesinos no querían deshacerse de unas piedras que, por venir del cielo, habían de traerles buena fortuna.»

Como ejemplo notable de aerolitos cita el Sr. Arcimis el que descubrió el célebre explorador sueco Nordenskjöld en la isla de Disco de Groenlandia: el peso de esta masa meteórica es de 20.000 kilogramos; pertenece al grupo de los uranolitos carbonosos, y según opinión de los sabios que lo han analizado, es de origen cósmico, si bien en este punto hay algunas dudas.

Finalmente, al ocuparse el Sr. Arcimis de la composición de los uranolitos, dice:

»Es en verdad muy curioso el hecho de que el *hierro metálico*, que diariamente manejan tantos millones de hombres, sea un producto natural rarísimo. Las piedras de hierro, ó mejor

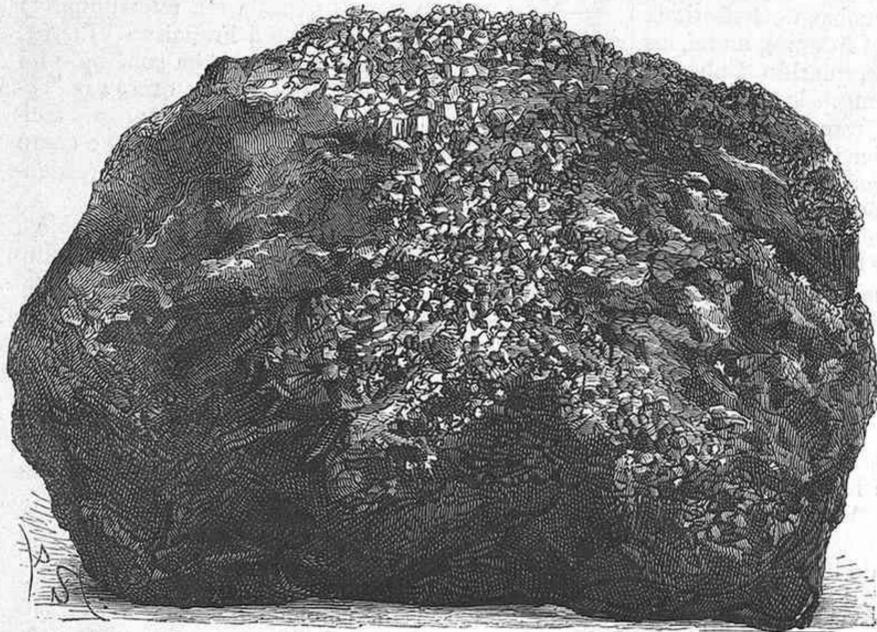


Fig. 2. - Uranolito encontrado en Siberia por el Dr. Pallas en 1776. Peso 700 kilogramos

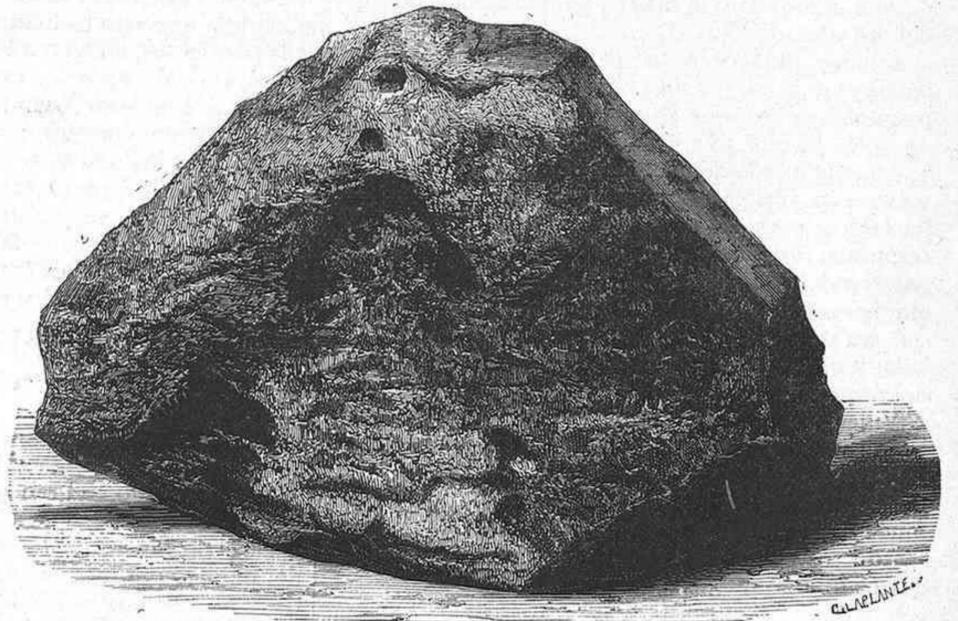


Fig. 3. - Masa de hierro meteórico encontrada por Brard en 1828 en Francia

teoría universalmente aceptada para explicarlo en los siguientes términos:

»Se supone y se acepta por la generalidad de los sabios que los meteoros son cuerpos planetarios que circulan alrededor del sol en órbitas cuyas formas vamos á discutir en seguida; que estas órbitas cortan á la de la tierra en el curso anuo de nuestro globo; que cuando nuestro planeta pasa por el punto de intersección al mismo tiempo que los meteoros, se encuentran éstos con el globo terrestre y caen directamente en su superficie, ó atraviesan su atmósfera, y disminuyendo su velocidad por la resistencia de este fluido, obra la gravedad del globo y caen también en la superficie, que los meteoros llamados estrellas fugaces y bólidos se hacen incandescentes al entrar en la atmósfera de la tierra, pero se consumen antes de llegar al suelo, mientras que los aerolitos atraviesan toda la atmósfera y llegan á la superficie terrestre de tamaño y con masa apreciable.»

Hablando luego más especialmente de los bólidos dice:

»Por lo común la forma de estos cuerpos es circular ó ligeramente ovalada y de magnitud apreciable; casi siempre dejan en el cielo una luminosa estela de chispas que dura en ocasiones muchos minutos y hasta una hora; también ocurre que el cuerpo estalla y que completo ó en fragmentos cae en la superficie de la tierra. Sus colores son también muy variados; los más son blancos, otros verdes, azules, rojos y aun se dan casos de que un mismo bólido pase por todos los colores del arco iris. El P. Secchi observó uno de estos cuerpos, cuya cola ó rastro permaneció suspendida en el aire como una gota inmensa, roja en la parte inferior y tornasolada en el resto. La sucesión de colores observada en este bólido manifiesta sin duda la serie de fases por que pasó el fenómeno de la combustión y también la variedad de composición química de las substancias que formaban el meteorito.

»El origen extraterrestre de las estrellas fugaces y de los bólidos se demuestra por la gran altura á que aparecen en la atmósfera. Brandes y Benzenberg fueron los primeros que trataron en 1798 de determinar la distancia á que se hallan del suelo los meteoros, cuando se inflaman, y al apagarse; de sus estudios dedujeron que la altura de estas estrellas, en particular en el instante de su aparición, varía de 13 á 42 leguas; dos estrellas fugaces, cuyas alturas iniciales y finales se midieron también, empezaron á mostrarse á 29 y 32 leguas, y se apagaron á 18 y 21 leguas.

pero estaba tan caliente que no lo pudo tocar. Siguió el segundo y también se quemó los dedos; finalmente, al cabo de algún tiempo, el hijo más joven, Colaxais, se dirigió al uranolito, que ya se había enfriado, y lo pudo transportar. Comprendiendo sus dos hermanos lo que quería decir este prodigio, entregaron el reino al menor. Se supone que Herodoto nació por los años 484 antes de J. C., pero es imposible fijar la fecha de esta anécdota relativa al origen del pueblo escita.

»La madre de los dioses era adorada en Pessino, en Galatia, bajo la forma de una piedra que se decía que había caído del cielo, la cual, á consecuencia del tratado de paz con Atalo, rey de Pérgamo, fué transportada solemnemente á Roma por Publio Escipión Násica, el año 204 antes de J. C., y colocada en el templo de Cibele. En Emira, en la Siria, se adoraba el Sol bajo la forma de una gran piedra negra cónica que cayó en la Tierra. Herodiano, el historiador, dice que en tiempo de Elio-gábalo fué trasladada á Roma con gran pompa.

»El Dr. Pallas, en sus viajes científicos por Siberia, descubrió una masa de hierro meteórico en una montaña pizarrosa, cerca del río Ienisei; según una tradición tártara, se vió caer la piedra desde los cielos, siendo objeto de veneración para aquel atrasado pueblo. En 1779 fué transportada á la ciudad de Krasnojarsk y pesaba 700 kilogramos; su forma era irregular y su textura como esponjosa. El Sr. Rubín de Celis descubrió otra masa metálica análoga encontrada en Buenos Aires y cuyo peso pasaba de trece toneladas.

»Los uranolitos observados en este siglo son tan numerosos, que á pesar nuestro hemos de reseñar tan sólo los más interesantes.

»Desde el punto de vista histórico, el que presenta mayor importancia, por ser el primero que llamó la atención de los astrónomos franceses sobre estos fenómenos, fué el que se vió en Normandía el 26 de abril de 1803; apareció poco después de la una de la tarde, con cielo claro y despejado, distinguiéndose desde muchos pueblos distantes; su movimiento era rápido de Sudeste á Noroeste, y en el pueblo de Laigle se oyeron en este momento fuertes detonaciones que duraron cinco ó seis minutos y que se asemejaban al ruido de los cañonazos, terminando con un redoble como de cientos de tambores. El meteorito produjo el ruido no se parecía á un globo de fuego, sino á una nube pequeña de forma rectangular, que durante el fenómeno permaneció casi estacionada, si bien á cada explosión sucesiva

dicho, el mineral de hierro (óxido férrico, carbonato férrico), es muy abundante, y á él debemos las maravillas de la industria y una gran parte del progreso moderno; pero el *hierro nativo*, el hierro en estado metálico, es una de las mayores rarezas del mundo mineral. Ciertamente es que se le encuentra á veces en los productos de la combustión del carbón, en algunas rocas micáceas, y en granos microscópicos, en algunos basaltos, etc.; pero esto mismo prueba su escasez. Ahora bien, el hierro metálico se encuentra siempre en los uranolitos en cantidades que varían de 95 por 100 á un décimo por ciento; el hierro meteórico no es puro, y contiene siempre cierta porción de níquel, por lo general, 8 ó 10 por 100, con pequeñas cantidades de cobalto, cobre, estaño y cromo. Las grandes masas de hierro metálico que de vez en cuando se encuentran en la superficie

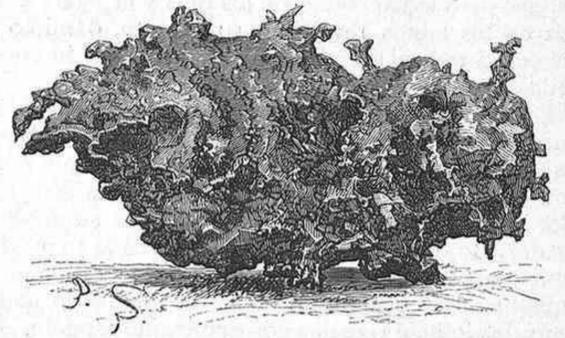


Fig. 4. - Fragmento de hierro meteórico del Dr. Pallas

de la Tierra, presentan esta composición, que no se halla en ninguna otra substancia conocida.

»Los demás componentes de los uranolitos son ciertas substancias minerales llamadas silicatos, que también se encuentran en nuestras rocas volcánicas; la principal, y que siempre existe, es la *olivina*, y aquí haremos notar la particularidad de que esta substancia, que jamás falta en los uranolitos, aun en los de carácter metálico, es un mineral característico de las rocas

volcánicas; se le encuentra en abundancia en las lavas y basaltos antiguos nada más, y falta en todas las demás rocas que forman la corteza sólida de nuestro globo. Sigue luego la *shreibersita*, compuesto de fósforo, hierro y níquel; las piritas magnéticas; el *hierro cromado* en cantidades pequeñas; el carbón y los *hidrocarburos* y el *óxido de hierro magnético*.

»Estas son todas las substancias que se encuentran en los uranolitos, por cierto no son muy numerosas y que por lo demás siempre manifiestan. De modo que, químicamente considerados, presentan los uranolitos una misma y única composición, variando tan sólo su estructura y el predominio de esta ó la otra substancia, según la variedad á que pertenezca el ejemplar que se considere.

»Del examen de una tabla formada por Arago y que comprende 206 observaciones, resulta que el promedio mensual de diciembre á junio (16), es menor que el de julio á noviembre (18), y que por lo tanto los meses de marzo, mayo, julio y noviembre, presentan un número máximo, y también parece resultar que la Tierra, en su curso ánuo alrededor del Sol, encuentra un número más crecido de uranolitos al pasar del afelio al perihelio, ó entre julio y enero, que al ir del perihelio al afelio, ó entre enero y julio. Pero las observaciones no son bastante numerosas para que puedan acogerse estos resultados con toda confianza; otro tanto ocurre si se agrupan las observaciones por horas del día ó de la noche. De 126



Fig. 5. - Bloque de hierro meteórico descubierto por el Dr. Nordenskjöld en la isla de Disco (Groenlandia). Peso 20.000 kilogramos

meteoros, han caído 86 de la seis de la mañana á la seis de la tarde, y 40 tan sólo de las seis de la tarde á la seis de la mañana. «De 72 meteoros cuyo caída conocemos con toda exactitud, dice Herschel, el mayor número, 58, cayeron después del mediodía, desde las doce á las nueve de la noche.» De los 126 meteoros referidos antes, cayeron 66 de las doce á las nueve de la noche, esto es, poco más de la mitad. Finalmente, han caído 53 de media noche á mediodía y 73 de mediodía á media noche. Se comprende, sin mayor esfuerzo, que el predominio de las caídas durante el día puede provenir de que en esta ocasión es mayor el número de los testigos. En cuanto á la distribución, según los lugares, se notan diferencias curiosas, pareciendo notablemente favorecidos unos países más que otros, como la Francia meridional, Cataluña, la Cerdeña y Lombardía, y la India inglesa. También se ha averiguado, y se enseña como regla general, que el área en que descarga una *invisible* nube de uranolitos es ovalada y mide de 7 á 16 kilómetros de largo por uno ó dos de ancho, y que las piedras mayores se encuentran en uno de los extremos del óvalo.»

Los grabados que publicamos, reproducción de los bólidos más notables que se conocen, permitirán á nuestros lectores formarse una idea exacta de lo que son estos fenómenos meteorológicos, así como del aspecto que ofrece el rastro luminoso que dejan en el firmamento.

S O R C L E M E N C I A

NOVELA DE COSTUMBRES ESCRITA POR

ENRIQUE PEREZ ESCRICH

AUTOR DEL MANUSCRITO DE UNA MADRE Y DEL MÁRTIR DEL GÓLGOTA

El argumento de esta preciosa novela no está basado en una pura ficción; es una verídica historia que excita cada vez más el interés, según se van recorriendo sus páginas; es una de aquellas narraciones que conmueven y consuelan el alma al mismo tiempo; es un drama de la vida, de esos que encierran un gran pensamiento filosófico y moral, á la par que una provechosa enseñanza.

Se vende en todas las librerías y centros de suscripción de España, en un tomo bonitamente encuadernado en tela, por el precio de 5 pesetas, y encuadernado á la rústica 4 pesetas.

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA diríjanse para informes á los Sres. A. Lorette, Rue Caumartin, núm. 61, París. - Las casas españolas pueden dirigirse á los Sres. Calvet y Rialp, Paseo de Gracia, 21, Barcelona (Gracia).

Jarabe de Digital de LABELONYE contra las diversas Afecciones del Corazon, Hydropsias, Toses nerviosas; Bronquitis, Asma, etc. Empleado con el mejor exito

El mas eficaz de los Ferruginos contra la Anemia, Clorosis, Empobrecimiento de la Sangre, Debilidad, etc. **G GÉLIS & CONTÉ** Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris.

Bergotina y Grageas de BERGOTINA BONJEAN HEMOSTÁTICO el mas PODEROSO que se conoce, en poción ó en inyección ipodérmica. Las Grageas hacen mas fácil el labor del parto y detienen las pérdidas. Medalla de Oro de la S^{ad} de F^{ia} de Paris. LABELONYE y C^{ia}, 99, Calle de Aboukir, Paris, y en todas las farmacias.

EL APIOL de los Dres JORET y HOMOLLE regulariza los MENSTRUOS

Jarabe Laroze

DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS

Desde hace mas de 40 años, el Jarabe Laroze se prescribe con éxito por todos los médicos para la curacion de las gastritis, gastraljias, dolores y retortijones de estómago, estreñimientos rebeldes, para facilitar la digestion y para regularizar todas las funciones del estómago y de los intestinos.

JARABE

al **Bromuro de Potasio**

DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS

Es el remedio mas eficaz para combatir las enfermedades del corazon, la epilepsia, histéria, migraña, baile de S.-Vito, insomnios, convulsiones y tos de los niños durante la dentición; en una palabra, todas las afecciones nerviosas.

Fábrica, Expediciones: J.-P. LAROZE & C^{ie}, 2, rue des Lions-St-Paul, à Paris. Deposito en todas las principales Boticas y Droguerías

CARNE, HIERRO y QUINA
El Alimento mas fortificante unido a los Tónicos mas reparadores.
VINO FERRUGINOSO AROUD

Y CON TODOS LOS PRINCIPIOS NUTRITIVOS DE LA CARNE
CARNE, HIERRO y QUINA! Diez años de exito continuado y las afirmaciones de todas las eminencias médicas preuban que esta asociacion de la Carne, el Hierro y la Quina constituye el reparador mas energico que se conoce para curar: la Clorosis, la Anémia, las Menstruaciones dolorosas, el Empobrecimiento y la Alteracion de la Sangre, el Raquitismo, las Afecciones escrofulosas y escorbúticas, etc. El **Vino Ferruginoso de Aroud** es, en efecto, el unico que reúne todo lo que entona y fortalece los organos, regulariza, coordena y aumenta considerablemente las fuerzas ó infunde á la sangre empobrecida y decolorada: el **Vigor**, la **Coloracion** y la **Energía vital**.
Por mayor, en Paris, en casa de J. FERRÉ, Farm^o, 102, r. Richelieu, Sucesor de AROUD.
SE VENDE EN TODAS LAS PRINCIPALES BOTICAS

EXIJASE el nombre y la firma **AROUND**

Las Personas que conocen las **PILDORAS DE DEHAUT** DE PARIS

no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el causante que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

CEREBRINA
REMEDIO SEGURO CONTRA LAS **JAQUECAS y NEURALGIAS**
Suprime los Cólicos periódicos
E. FOURNIER Farm^o, 114, Rue de Provence, en PARIS
La MADRID, Melchor GARCIA, y todas farmacias
Desconfiar de las Imitaciones.

ENFERMEDADES DEL **ESTOMAGO**
PASTILLAS y POLVOS **PATERSON**

con BISMUTHO y MAGNESIA
Recomendados contra las Afecciones del Estómago, Falta de Apetito, Digestiones laboriosas, Acedias, Vómitos, Eructos, y Cólicos; regularizan las Funciones del Estómago y de los Intestinos.
Exigir en el rotulo a firma de J. FAYARD.
Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

GARGANTA
VOZ y BOCA
PASTILLAS DE DETHAN

Recomendadas contra los Males de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflammaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Irritacion que produce el Tabaco, y especialmente á los Señs PREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES para facilitar la emision de la voz. - PRECIO: 12 REALES.
Exigir en el rotulo a firma
Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS



Fuera de combate, cuadro de Vicente Cutanda

LIBROS ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN

POR AUTORES Ó EDITORES

FÁBULAS, por José Estremera. — NOVELAS CORTAS, por Emilia Pardo Bazán. — Forman estos dos libros los tomos 35 y 36 de la Colección Diamante que con tanto éxito publica en esta ciudad el conocido editor Sr. López. Contiene el primero un gran número de fábulas en verso, muy bien escritas y llenas de gracia y de intención, de las que se desprenden utilísimas moralejas; el segundo lo componen dos preciosas novelitas tituladas *Un drama* y *Bucólica*. Tratándose de dos autores tan reputados como la eximia escritora gallega y el popular y malogrado poeta madrileño que falleció á principios del año último, creemos inútil hacer mayores elogios de estas obras,

que como todas las de la citada Biblioteca, se venden á dos reales una.

LA LENGUA CATALANA, por D. Angel Guimerá. — Deseando rendir un tributo de admiración al ilustre poeta, honra de la literatura catalana, trescientos diez y seis socios del Ateneo Barcelonés han costeado una edición de 20.000 ejemplares del hermoso discurso que el Sr. Guimerá, como presidente de aquella sociedad, leyó en la sesión inaugural celebrada en la misma el día 30 de noviembre último. Conocidos el entusiasmo que el autor de *Mar y Cel* siente hacia Cataluña y su idioma y sus maravillosas dotes de poeta y escritor, no hay que decir que el trabajo que nos ocupa es una obra maestra en su género, tan sabiamente concebido como admirablemente escrito en catalán.

CUENTOS, por Alejandro Larrubiera. — Con este tomo se ha inaugurado en Madrid la *Biblioteca Española*, cuyo editor, D. Enrique de la Riva, se propone con ella vulgarizar las mejores obras de nuestra literatura clásica y contemporánea, publicando mensualmente y en edición diamante un tomo de 200 páginas. Mucho nos complace que esta biblioteca haya comenzado por una colección de cuentos de nuestro antiguo y querido colaborador Sr. Larrubiera, cuyos méritos literarios son bien conocidos de los lectores de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, por lo cual no nos detendremos en detallar las bellezas que contienen los quince cuentos que forman el primer tomo de la *Biblioteca Española*, y nos limitaremos á recomendar la adquisición del libro, que impreso en forma elegante y en buen papel se vende en las principales librerías á una peseta.

PAPEL ANTI-ASMÁTICOS BARRAL
 PRESCRITOS POR LOS MÉDICOS CELEBRES
 EL PAPEL O LOS CIGARROS DE BUN BARRAL
 disipan casi INSTANTANEAMENTE los Accesos.
 DE ASMA Y TODAS LAS SUFOCACIONES.

FUMOUZE-ALBESPEYRES
 78, Faub. Saint-Denis
 PARIS
 y en todas las Farmacias.

JARABE DE DENTICION
 FACILITA LA SALIDA DE LOS DIENTES PREVIENE Ó HACE DESAPARECER
 LOS SUFRIMIENTOS y todos los ACCIDENTES de la PRIMERA DENTICION.
 EXÍJASE EL SELLO OFICIAL DEL GOBIERNO FRANCÉS
 Y LA FIRMA DELABARRE DEL DR. DELABARRE

ENFERMEDADES del ESTOMAGO
Pepsina Boudault
 Aprobada por la ACADEMIA DE MEDICINA
 PREMIO DEL INSTITUTO AL D' CORVISART, EN 1856
 Medallas en las Exposiciones Internacionales de
 PARIS - LYON - VIENA - PHILADELPHIA - PARIS
 1867 1872 1873 1876 1878
 SE EMPLEA CON EL MAYOR ÉXITO EN LAS
DISPEPSIAS
GASTRITIS - GASTRALGIAS
DIGESTION LENTAS Y PENOSAS
FALTA DE APETITO
 Y OTROS DESORDENES DE LA DIGESTION
 BAJO LA FORMA DE
ELIXIR. . . de PEPSINA BOUDAULT
VINO . . . de PEPSINA BOUDAULT
POLVOS. de PEPSINA BOUDAULT
 PARIS, Pharmacie COLLAS, 8, rue Dauphine
 y en las principales farmacias.

Pildoras y Jarabe DE BLANCARD
 Con Ioduro de Hierro inalterable.
ANEMIA
COLORES PÁLIDOS
RAQUITISMOS
ESCRÓFULOS
TUMORES BLANCOS, etc., etc.
 Exíjase la Firma y el Sello de Garantía. — Venta al por mayor: Paris, 40, r. Bonaparte.

Solucion BLANCARD
 y
Comprimidos de Exalgina
JAQUECAS, COREA, REUMATISMOS
DOLORS DENTARIOS, MUSCULARES, UTERINOS, NEURALGICOS.
 El mas activo, el mas inofensivo y el mas poderoso medicamento.
CONTRA EL DOLOR

PAPEL WLINS
 Soberano remedio para rápida curación de las Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos, de los Reumatismos, Dolores, Lumbagos, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de Paris.
Depósito en todas las Farmacias
 PARIS, 31, Rue de Seine.

JARABE ANTIFLOGÍSTICO DE BRIANT
 Farmacia, CALLE DE RIVOLI, 150. PARIS, y en todas las Farmacias
 El **JARABE DE BRIANT** recomendado desde su principio por los profesores Laënnec, Thénard, Guersant, etc.; ha recibido la consagración del tiempo: en el año 1829 obtuvo el privilegio de invención. **VERDADERO CONFITE PECTORAL**, con base de goma y de abajoles, conviene sobre todo á las personas delicadas, como mujeres y niños. Su gusto excelente no perjudica en modo alguno á su eficacia contra los **RESFRIADOS** y todas las **INFLAMACIONES del PECHO** y de los **INTESTINOS**.

CARNE y QUINA
 El Alimento mas reparador, unido al Tónico mas energico.
VINO AROUD con QUINA
 Y CON TODOS LOS PRINCIPIOS NUTRITIVOS SOLUBLES DE LA CARNE
CARNE y QUINA! con los elementos que entran en la composición de este potente reparador de las fuerzas vitales, de este **fortificante por excelencia**, de un gusto sumamente agradable, es soberano contra la **Anemia** y el **Apocamiento**, en las **Calenturas** y **Convalecencias**, contra las **Diarreas** y las **Afecciones del Estomago** y los **intestinos**.
 Cuando se trata de despertar el apetito, asegurar las digestiones, reparar las fuerzas, enriquecer la sangre, entonar el organismo y precaver la anemia y las epidemias provocadas por los calores, no se conoce nada superior al **Vino de Quina de Aroud**.
 Por mayor, en Paris, en casa de J. FERRÉ, Farmo, 102. r. Richelieu, Sucesor de AROUD.
 SE VENDE EN TODAS LAS PRINCIPALES BOTICAS.
EXÍJASE el nombre y la firma AROUD

VERDADEROS GRANOS DE SALUD DEL D. FRANK
 Estreñimiento, Jaqueca, Malestar, Pesadez gástrica, Congestiones curados ó prevenidos. (Rótulo adjunto en 4 colores)
 PARIS: Farmacia LEROY
 Y en todas las Farmacias.

Agua Léchelle
HEMOSTÁTICA. — Se receta contra los **flujos**, la **clorosis**, la **anemia**, el **apocamiento**, las **enfermedades del pecho** y de los **intestinos**, los **esputos de sangre**, los **catarros**, la **disenteria**, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos. El doctor HEURTELOUP, médico de los hospitales de Paris, ha comprobado las propiedades curativas del **Agua de Léchelle** en varios casos de **flujos uterinos** y **hemorragias** en la **hemotisis tuberculosa**. — **DEPÓSITO GENERAL: Rue St-Honoré, 165. en Paris.**

Frasco 5 fr. en Paris
PUREZA DEL CUTIS
 — LAIT ANTÉPHELIQUE —
LA LECHE ANTEFÉLICA
 ó **Leche Candès**
 pura ó mezclada con agua, disipa **PECAS**, **LENTEJAS**, **TEZ ASOLEADA**, **SARFILLIDOS**, **TEZ BARROSA**, **ARRUGAS PRECOSES**, **EFLORESCENCIAS ROJECES**.
 Pone y conserva el cutis limpio y terso
CANDES et Co. 2, St-Denis, 16

REMEDIO de ABISINIA EXIBARD
 En Polvos y Cigarrillos
Alivia y Cura CATARRO, BRONQUITIS, OPRESION ASMA
 y toda afección Espasmódica de las vias respiratorias.
 25 años de éxito. **Med. Oro y Plata.**
 J. FERRÉ y Cia, Vicos, 102, R. Richelieu, Paris.